

REVIVIDOS

RALPH BARBY

Un vuelo de recreo nocturno en avioneta para contemplar la belleza de Viena y el Danubio a la luz de la luna, se convierte en la más horrible pesadilla de terror y muerte para el grupo de ocho personas que lo emprenden.

Un ancestral culto a un dios sediento de sangre pone en peligro sus vidas…



Ralph Barby

Revividos

Bolsilibros: Selección Terror - 14

ePub r1.0

liete 04.12.14

Título original: *Revividos*
Ralph Barby, 1973

Editor digital: liete
Escaneado: Xico_weno
ePub base r1.2




ſt
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La luna grande, redonda, luminosa, bruñía la superficie del Danubio, arrancándole destellos que Helen comparó con las burbujas de un dorado champaña francés.

El grupo de norteamericanos se hallaba en el recoleto palacete que el matrimonio Hammon había adquirido al sur de Viena. Dennis Hammon era agregado cultural de la Embajada norteamericana en Viena.

—¿Qué os parece el palacete? —preguntó, sin soltar la copa de boca ancha que él mismo se encargaba de llenar apenas descendía el nivel de la bebida.

—Es maravilloso —comentó Ida, una de las invitadas a aquella fiesta íntima—. Laura, siempre has sido una mujer afortunada.

Laura, la esposa de Dennis Hammon, era una mujer sofisticada en el vestir. Su cabello era abundante, platinado, y su sonrisa semejaba eterna, pero entre irónica y sarcástica. Su mirada parecía cansada y ausente, a excepción de cuando se clavaba en Jack J. Jubal, otro de los invitados, que bebía poco, se dejaba llevar menos por el ambiente y permanecía casi silencioso.

Jack J. Jubal destacaba en altura. Inspiraba fuerza, pero no pesadez. Su tórax era amplio y poderoso, sus perfiles de rostro, bien definidos. Ojos fríos y cabello lacio, azabache y sin brillo.

Jack J. Jubal había asistido a la reunión a instancias repetidas de Laura Hammon, la anfitriona que vestía un traje de noche hasta los pies, negro y brillante como el propio Danubio. Carecía de tirantes y mangas, y el escote era más que generoso. Laura alardeaba de un turgente y atrayente busto.

Aquella mujer sabía sacar partido de su «sexy». Su cuerpo era ondulado y jamás estaba quieto, aunque sus movimientos resultaban casi imperceptibles.

Jack J. Jubal, entre los asistentes a la fiesta, se había fijado

especialmente en Helen, secretaria de la Embajada.

Tenía ocho años menos que Laura Hammon y cabellos negros, abundantes y ojos verde esmeralda.

Laura había reparado en las buenas relaciones existentes entre Jubal y Helen. Por ello, en más de una ocasión, durante la velada, había tratado de minimizar a Helen ante Jubal, soportándolo la joven con calma.

El suficiente y muy pagado de sí mismo Harold, un sujeto empírico en el mundo de los negocios, y en los que había obtenido muchos dólares, grasa y unos soplos cardíacos que le hacían fruncir el ceño, temiendo un posible infarto, comentó:

—No me dirás que esto lo pagas con el dinero de tu salario como agregado cultural de la Embajada, ¿eh, Dennis?

—Lo importante no es cómo se consigue, sino lo que se tiene —rió Dennis Hammon, bebiendo otro sorbo de champaña.

Laura, sonriendo frente a su copa, aclaró lo que ya todos sabían:

—Cuando se quiere llegar a alguna parte en el mundo de la política, es bueno casarse con una mujer rica.

—Sí, y nada mejor que con la hija de un chatarrero —agregó Hammon, irónico, pero molesto en el fondo.

—Un chatarrero que ha perdido la cuenta de los millones que posee —completó Harold. Él valoraba el mundo mucho más por el signo del dólar que por la cultura, la elegancia o el prestigio del talento.

—¿Y nuestro deportista no dice nada, Jack J. Jubal, el más agresivo de los delanteros de hockey sobre hielo norteamericano? —preguntó Laura Hammon.

—Me limito a admirar.

—¿El qué? —interrogó abiertamente—. ¿La belleza viva o la belleza muerta?

—Confieso que la belleza viva me atrae más, pero no dejo de admirar lo que es hermoso por artístico. Supongo que éste es un palacete barroco, del siglo dieciocho.

—Por todos los diablos, Jubal, me asombras —exclamó Dennis Hammon.

—¿Por qué? —preguntó su propia esposa—. ¿Creías que los deportistas de éxito como Jack sólo tienen fibra y músculos?

—Bueno, no debo atacar a los deportistas. Yo también lo soy, ya

sabéis que me gusta volar, volar muy alto… ¡Ruuuuummmm!

—Sí, por eso le he comprado una «Pipper» de ocho plazas, así se distrae. Es como comprarle juguetes a un niño. Jack, ¿te gustaría que una mujer te regalara un avión?

Todos miraron al fuerte, duro y a la vez frío Jack J. Jubal. Éste hizo girar el champaña dentro de su copa mediante un ligero movimiento de su diestra.

—Mis juguetes los escojo yo, y no suelen ser muy ambiciosos; por eso no tiene que comprármelos nadie.

—Ya lo han oído, Jubal no tiene ambición, pero sí orgullo. Por eso no llegará a ninguna parte.

—Creo que ha llegado ya, está en pleno éxito, y la mitad del mundo conoce su nombre —observó Helen, saliendo impulsivamente en su defensa.

Laura, molesta por la intervención de la joven secretaria, objetó:

—Lo que quiere decir Dennis es que, cuando ya no sea imprescindible en el equipo nacional de hockey sobre hielo, dejará de ser una estrella. El Jubal que todos conocemos será olvidado para convertirse en un don nadie.

—Pero ahora está ganando bastante dinero —dijo Harold, siempre práctico.

Ida, la pizpireta trigueña, muy bien redondeada, que acompañaba al financiero a todas partes, sin ocultar a nadie que aceptaba su dinero y todo lo que él quisiera pedirle, suspiró.

—Ya me gustaría tener el dinero que debe de poseer Jubal en el Banco.

—Bah —despreció Dennis Hammon—. Cuando su estrella se apague tendrá que montar una cafetería o un comercio de deportes en cualquier ciudad de nuestra querida Norteamérica. ¿De dónde eres, Jack?

—De Texas, y no pienso instalar ninguna cafetería ni comercio de deportes, por si te interesa saberlo.

—Vaya, el hermético y orgulloso deportista Jubal es tejano. ¿Quién lo diría? Tenía entendido que los tejanos son muy parlanchines y pagados de sí mismos, aunque quizá en esto último no me hayas defraudado totalmente.

Baker, colega de Dennis en la Embajada, un hombre de color, con abundante cabello rizado y que usaba gafas oscuras con

montura de acero inoxidable, viendo que la fiesta podía agriarse, comentó:

—Hace rato que no escuchamos buena música y junto al tocadiscos he visto unos excelentes *long-plays*.

—Escoge el que más te agrade y anima la reunión, Baker. Confiamos en tu buen gusto —le dijo Laura.

Mientras Baker se dirigía al tocadiscos, Ida, curiosa, se acercó más a Laura para preguntar:

—¿Es cierto que este palacete tiene encantamiento? Me refiero a fantasmas o algo por el estilo.

—Para un norteamericano que alquila o compra una casa en la vieja Europa, si le dicen que tiene fantasmas o encantamiento se convierte en una irresistible golosina. Claro que de ello nos podría hablar mejor Erka, nuestra ama de llaves.

Del tocadiscos comenzó a brotar música de blues de Nueva Orleans.

Ida, muy interesada, hizo una doble petición:

—Baker, baja el volumen. —Volvió su rostro hacia Laura y añadió—: ¿Puedes pedirle a tu ama de llaves que nos cuente algo? ¡Es tan excitante!

—Tonterías —gruñó Harold, que estaba despuntando un costoso cigarro habano comprado en México, capital federal—. A los norteamericanos nos toman por tontos y con el cuento del Medioevo, los fantasmas y otras zarandajas, nos roban los dólares. Lo que es a mí, no van a quitarme un solo dólar por un hierro oxidado o una piedra gastada, aunque me juren y perjuren que encierra un espectro.

La elegante y sofisticada Laura tiró de la ancha cinta que pendía de la pared ante la excitación de Ida, que palmoteó.

—Es divertido, como en las películas. En vez de pulsar un timbre eléctrico, se estira de una cinta y en alguna parte de la casa suena una campanilla. Luego, el ama de llaves, austera y maligna, aparece por la puerta.

En aquel instante se abrió la puerta que daba a las dependencias de servicio y en ella apareció Erka. Todas las miradas convergieron en su figura.

Erka no defraudó.

Su cabello estaba severamente peinado y no ocultaba sus canas.

Su rostro, casi cincuentón, resultaba duro. Sus ojos eran insondables como una sima. Vestía de negro y como único adorno se permitía un camafeo de azabache, ribeteado con pequeñas perlas. En su centro, dos motivos en oro y diminutos rubíes. Formaban un símbolo que a Jubal le pareció cabalístico.

—¿Llamaban los señores? —preguntó con su voz profunda.

—Sí, Erka —dijo Laura—. Verá, es que mis invitados están ansiosos por conocer la historia del encantamiento de este palacete.

El ama de llaves no parpadeó. Escrutó a los presentes uno por uno, mientras de fondo y a bajo volumen seguía sonando el blues.

—¿Qué encantamientos, señora?

—Pues los que me contó a mí, esa historia que me explicó sobre esta casa —aclaró Laura Hammon, algo nerviosa.

—Disculpe la señora, pero no recuerdo haberle contado historias de encantamientos espectrales, ni nada por el estilo.

—¿Que no me las contó?

Dennis rió por lo bajo.

—¿Lo ves, Laura? Ya te dije que estás llena de fantasías. Deseas tanto alardear de riqueza que hasta compras fantasmas que no existen.

—¡Estúpido! —espetó. Luego, se apresuró a sonreír forzadamente para no perder la compostura y se volvió hacia el ama de llaves—. Recuerde. Estoy segura de que me explicó algo.

—No sé, señora Hammon. Si usted misma me quisiera hacer memoria, aunque yo no creo haber contado nada fantasmal porque nada sé.

—Era, era, bueno, no recuerdo nada…

Ida, defraudada, comentó:

—Qué raro. Cuando a una le cuentan historias de fantasmas, espectros o cosas por el estilo, no las olvida y más si se refieren a su propia casa.

—Será el champaña —replicó, molesta.

—Sí, querida, será que has bebido demasiado —rezongó su marido, deseoso de vengarse por las humillaciones anteriores.

—Está bien, puede retirarse.

—Como ordene la señora.

Jubal descubrió un destello de ironía en los ojos de ordinario impenetrables de aquella enigmática austríaca que desapareció tras

la puerta.

—Es una mentirosa —barbotó Laura—. Me contó algo que ahora no entiendo por qué no consigo recodar. Si no fuera porque la contraté junto con la casa, la despediría hora mismo.

—¿Y no puedes despedirla? —preguntó el propio Dennis Hammon.

—No. Si no la contrataba a ella como ama de llaves, la casa no podía alquilarse. Es una cláusula condicionante que me obliga a soportarla.

—Bueno, ya que no hay hechizos, os propongo algo divertido —dijo Hammon.

Ida se apresuró a inquirir:

—¿Y qué será?

—Un vuelo sobre la Viena nocturna, siguiendo el curso del Danubio. Veremos los puentes iluminados, sus calles. Volaremos bajo. La noche es espléndida y será un espectáculo que recordaréis siempre.

—¿Volar esta misma noche, un paseo nocturno sobre Viena? ¡Qué maravilloso! —aplaudió—. Iremos, ¿verdad, Harold?

—Ida, si no fueras tan caprichosa, todo iría mejor entre los dos —protestó el financiero.

—Creo que debo marcharme ya. Hay bastantes kilómetros hasta Viena por la carretera —dijo Jubal.

—Tú vendrás con nosotros, ¿verdad, Helen? —preguntó Dennis Hammon.

—¿Yo? Es que… —dudó.

—No irás a negarte.

—Hay ocho plazas y somos ocho precisamente —observó Laura—. A mí me parece divertido y tú, Jack, no puedes marcharte ahora. Total, será un paseo y a la vuelta, en tu coche, podrás regresar a Helen a Viena.

Jack J. Jubal comprendió lo que Laura buscaba con aquella observación.

—Quizá sí podría ser un paseo nocturno agradable si tu marido no hubiera bebido excesivamente.

—¿Me acusas de estar ebrio? —preguntó Dennis, frunciendo el entrecejo.

—Calma, Dennis, calma —pidió Laura—. Lo que sucede es que

la cantidad de bebida que puede tomarse es muy distinta para un deportista que para un diplomático que está obligado a asistir a muchas recepciones.

—Supongo que habrá algún paracaídas a bordo y todos estaremos de acuerdo en cedérselo al pusilánime Jack J. Jubal, el campeón del hockey sobre hielo.

Jubal descubrió una velada súplica en los ojos verdes de Helen Miller. Bebió un sorbo de su champaña y accedió:

—Está bien, podemos marchar. Disfrutaremos de ese paseo sobre la Viena nocturna. Con el champaña de Dennis, hasta puede que bailemos un vals de Strauss en el cielo. Después de todo, si hay una sanción del Gobierno austríaco por hacer el loco sobre la bella e histórica ciudad, recaerá sobre Dennis Hammon.

—Pues en fila. Afuera está la «Pipper». Muy divertido, de *smoking* los hombres y con traje de noche las mujeres. Será un vuelo muy elegante. Ni el mismísimo Strauss lo hubiera soñado —exclamó Warner, afectado secretario y sobrino de Harold, el financiero.

Mientras salían de la casa al jardín, a no mucha distancia, sobre la explanada cubierta de recortado césped que terminaba en la margen del río, descubrieron la «Pipper».

Lo que no vieron fue al ama de llaves, que se hallaba tras una ventana, confundiéndose con la oscuridad. Les observaba sarcástica, burlona. No era un destello como el que había advertido Jubal, sino una completa burla, pues Erka, la enigmática y severa Erka, comenzó sonriendo para terminar en una histérica carcajada que llegó a los oídos de cuantos se dirigían a la avioneta.

Dennis, encogiéndose de hombros, comentó:

—Vamos, será uno de esos discos tan raros que compra Laura con su esnobismo exacerbado.

Laura no le hizo el menor caso. Su pie se dobló en la hierba y, para no caerse, se cogió del brazo de Jack J. Jubal, al que sonrió, diciéndole dulcemente:

—Cogida de ti, seguro que no vuelvo a caer. ¡Eres tan fuerte!

CAPÍTULO II

—Por favor, Baker, siéntate delante —pidió Laura Hammon al hombre de color, tratando de esta forma de quedar sentada junto a Jack J. Jubal.

Pero, al interponerse Harold y su acompañante Ida, no pudo evitar que Jack se acomodara junto a Helen y ella hubo de hacerlo junto al afectado y silencioso Warner, quedando éste en la portezuela.

—¿Todos preparados? —preguntó Dennis Hammon, alzando la voz.

Los motores roncaban, seguros y potentes. Jubal observó:

—Los motores debían estar calientes hace rato. Ahora corremos peligro.

—No hay cuidado. Esta mañana los he probado y no están fríos —denegó Dennis con la alegría propia de quien lleva en su sangre más alcohol del que debiera—. Además, estoy probando los magnetos de los motores y funcionan a la perfección. Será un vuelo perfecto, ya lo veréis, perfecto.

—Menos mal que hay focos iluminando la explanada —comentó Baker, observándolos a través de sus gafas oscuras con montura de acero inoxidable que no solía quitarse nunca.

—Cuando pensamos en transformar esta explanada en campo de aterrizaje particular, hice instalar los focos que lo iluminan, si no como el aeropuerto Kennedy de Nueva York, sí lo suficiente como para no cortar el césped con las hélices de la «Pipper».

—No hables tanto y pon tu juguete en marcha —pidió Laura, molesta.

Jubal miró a Helen y preguntó.

—¿Se marea en vuelo?

—Bueno, no me he mareado nunca y he venido por el aire desde Estados Unidos.

—Sí, pero esto no es un reactor que sube a treinta mil pies y permanece quieto como si estuviera aparcando en el aeropuerto. Este aparatito va a bailar, y más viendo la alegría que lleva dentro su piloto. Es más, opino que es una imprudencia emprender este vuelo.

—¿Tú sí sientes miedo?

—Jubal no es miedoso, querida, es sólo precavido, y cuando es él quien hace su voluntad, diría que arriesgado y temerario. Lo que ocurre es que no se fía de Dennis. Si pilotara él, creo que emprendería el vuelo en medio de una tormenta aun fallándole los motores.

—Ahora veréis lo que es bonito. Os haré unos pases por la ciudad de Viena, que puede que hasta los periódicos de la mañana se hagan eco de ello.

—¿Por qué, querido, por despertar a toda la ciudad con el ronquido de los motores de tu juguete?

—Abrochaos los cinturones, que esto se pone en marcha.

—En el fondo, es muy infantil —suspiró Laura. Pasó su mano hacia el asiento delantero donde se hallaba Jubal y le palpó el pecho, ante una mirada de reojo de Helen—. Jack, querido, ¿tienes tabaco?

—Si hubieras acertado a dar con el bolsillo, habrías podido cogerlo tú misma.

Le entregó el cigarrillo y ella, tras ponérselo en los labios, pidió:

—Fuego, por favor.

Por encima del asiento, Jack le ofreció la llama de su encendedor. Ella se inclinó hacia delante, de forma que mostró al máximo la esplendidez de su busto.

—Gracias, Jack. Espero que no te aburras con este paseo nocturno, tú, tan acostumbrado a la violencia del hockey sobre hielo. Es fascinante cuando, lanzado como un ariete por la pista, arremetes contra los contrarios.

—Creo, Laura, que nos divertiremos con este vuelo. No será aburrido para nadie.

La «Pipper» avanzó, alzando el morro para despegar excesivamente alto, por lo que produjo gritos entre bromas y temores.

La avioneta particular se elevó por encima del bosque y,

rápidamente, pudieron contemplar la belleza del plateado Danubio bajo sus pies.

—Qué bonito resulta de noche y a esta altura —observó Ida.

—Claro que sí, en un reactor apenas se ve nada —dijo Dennis—. Lo emocionante es volar en pajarracos como éste.

La avioneta acusó baches de aire y también la poca seguridad que Dennis Hammon tenía aquella noche en las manos.

Harold no tardó en quejarse, pidiendo:

—Por favor, Dennis, endereza este trasto y hazlo navegar más horizontal o como sea, que se me están revolviendo las tripas.

—¡¡Yupiiiiii, vamos abajo!!

El aparato semejó entrar en barrena. La propia Laura comenzó a palidecer y gritó:

—¿Estás loco? ¡Nos vas a matar!

El único que fumaba con tranquilidad era Jack J. Jubal. La propia Helen lo comentó:

—Y creíamos que era el que iba a tener miedo.

—Verá, Helen, el miedo es producido por lo desconocido que nos puede afectar de una forma u otra. Cuando se sabe lo que va a suceder, no hay por qué temer. Yo, al subir en la «Pipper» y ver a Dennis, ya sabía lo que iba a pasar. Ahora sólo hay que aguantar. Es como estar sentado en el sillón de un dentista. Si sabes que no queda otro remedio que arrancarte la muela, no sirve de nada asustarse. Mejor ponerle buena cara.

—¡Eh, Hammon, parece que tenemos un frente nuboso delante de nosotros! —exclamó Baker.

—Qué extraño. He tomado el parte meteorológico antes de la fiesta y no había tormenta alguna en quinientas millas a la redonda.

Antes de que pudieran evitarlo, la «Pipper» se había introducido en el área de la inesperada tormenta.

Comenzó a relampaguear a su alrededor y los truenos zarandearon el aparato como una hoja seca azotada por el viento de otoño en un día desapacible.

—Ahora sí que nos vamos a divertir —rezongó Jubal.

—¡Dennis, no seas estúpido y regresemos al palacete si no quieres matarnos a todos! —gritó Harold.

A él, por naturaleza, no le agradaban siquiera las atracciones de los parques de diversión. Su pie jamás había hollado el recinto de

Disneylandia, pese a estar orgulloso de su americanismo.

—Es una tormenta magnética violentísima —gruñó Dennis, preocupado.

—Vamos, vuelve a casa —pidió Laura—. Con esta tormenta no veremos nada en ninguna parte.

—¿Necesitas una mano? —preguntó Jubal desde su butaca.

El anfitrión de aquella fiesta que parecía iba a terminar mal observaba, asustado, los baremos del panel de mandos. Todo giraba enloquecido.

El altímetro lo mismo marcaba cero que treinta mil pies, por lo que no podía fiarse de él. Nada funcionaba bien y la brújula giraba en ambas direcciones, según era sacudida la «Pipper» en una dirección u otra, a voluntad de las fuertes corrientes de viento.

—¡Es como un tornado, no hay lluvia, pero los relámpagos abundan como hormigas en un hormiguero!

—¡Nos vamos a matar! —aulló Harold.

En una de las sacudidas, Ida gritó histérica. El pánico había cundido a bordo del bimotor.

Jubal se levantó de su asiento. Helen, a su lado, preguntó:

—¿Adónde va?

—Creo que a Dennis le hace falta ayuda.

Se acercó al diplomático, diciéndole con determinación:

—Hay que salir de esta tormenta.

—¿Cómo? ¿Es que estás ciego, no ves todos los controles? Se han vuelto locos. Nos hallamos en el ojo de una tormenta magnética y ha estropeado todos los baremos. Estamos perdidos.

—Sí, ya veo y será mejor que te levantes.

—¡Si dejo los mandos, el aparato se va a estrellar!

—Y si no los dejas, también.

—¿Acaso piensas pilotar tú?

—¿Por qué no? He llevado otros cacharros. No eran tan bonitos como tu juguete, pero creo que podré sacarlo de este embrollo en que lo has metido.

—¡Dennis, no seas estúpido y deja a Jack que tome el mando! —chilló Laura.

Aturdido, pálido, con deseos de vomitar, Dennis Hammon soltó las manos y antes de que Jubal consiguiera sentarse en el sillón de pilotaje, el bimotor entró en barrena.

El color, habitualmente negro de la piel de Baker, ahora aparecía más blanquecino. Ida chillaba con la máxima fuerza que le permitían sus pulmones y demostró tener un agudo en su garganta capaz de impresionar al mismísimo Hitchcock.

Harold se había puesto enfermo y Laura se hallaba presa de un ataque de nervios que le impedía hablar; sus dientes castañeteaban. Mientras, Warner había abandonado su butaca y era zarandeado de un lado a otro de popa, mientras buscaba a tientas un paracaídas que le diera la oportunidad de salvación.

Helen se contenía. Sin embargo, la crispación de sus manos delataba su inquietud. Al tomar Jubal el mando de la «Pipper», se tranquilizó algo. Le tenía más confianza, aunque no hubiera sabido decir por qué, ya que jamás lo había visto volar.

Cuando el aparato se hallaba ya en barrena y parecía ir a estallarse contra alguna parte desconocida, pues ignoraban si tenían montañas o llanos a sus pies, Jack consiguió alzar de nuevo la proa, mientras la luz de los relámpagos, cegadora y centelleante, iluminaba el interior del avión y los truenos continuaban sacudiéndolo.

Jack giró noventa grados y, como pudo, trató de sostener la «Pipper», sujetarla para que no fuera juguete de la tormenta, la cual fue disminuyendo en intensidad.

Todas las comunicaciones intentadas por radio fueron inútiles. Estaban perdidos en el cielo, en la noche y en algún lugar desconocido al sur de Austria o entre las fronteras de Yugoslavia y Hungría.

—¡Ahí, ahí está la luna de nuevo! —gritó Baker—. ¡Lo consiguió, lo consiguió!

En efecto, habían salido de la tormenta, pero bajo ellos no estaba ya el Danubio. No había bosques, no había montañas.

—¡Dennis! —llamó Jubal.

—¿Qué quieres, que te felicite yo también?

—No, lo que deseo es que llames a alguna parte para podernos orientar. Parece que no funciona nada, ni siquiera el medidor de carburante que llevamos a bordo.

—¿Quieres decir que en cualquier momento podemos quedarnos sin gasolina? —preguntó Laura, asustada.

—Eso pregúntaselo a tu marido.

—Creo, creo que llené los tanques.

—Con el champaña que te has tragado, a lo mejor lo has llenado de agua —gruñó Harold.

—¡Basta! —exigió Jubal—. El asunto no está para bromas y usted, Harold, tápele la boca a su amiguita. No nos hacen falta sus aullidos en noche de luna llena.

Dennis Hammon, ya con el aparato estabilizado, se acercó a proa.

—¿Qué quieres?

—Toma el asiento de Baker y trata de comunicarte con algún lugar. Vamos, hay que tomar una determinación. No sabemos si sólo se han estropeado los aparatos…

Se detuvo. En aquel instante, uno de los motores comenzó a fallar.

—¿Qué sucede ahora? —inquirió Harold.

—Creo que nos hemos quedado sin un motor y tendremos más dificultades. Antes de despegar ya les dije que sería una noche divertida.

—El otro motor tampoco va fino —advirtió Dennis, preocupado.

—En ese caso, no queda otro remedio que aterrizar antes de que tal decisión la tome la propia «Pipper» sin tenernos en cuenta.

Tras aquella observación, Jack J. Jubal, que se había fijado en un llano que adquiría un color algo extraño con el reflejo de la luna, pero que no ofrecía obstáculos contra los cuales estrellarse, hizo descender la avioneta, arriesgándose a tomar tierra con un solo motor.

—Sujetaos los cinturones y aplastad las caras contra las rodillas, protegiéndoos la frente con los brazos. Esto se pone feo.

Dando tumbos, el bimotor se posó sobre el suelo arenoso. El tren de aterrizaje dejó los surcos a su paso. Al fin, el aparato quedó quieto y el motor, en silencio. Jack J. Jubal desconectó el sistema eléctrico de la aeronave para impedir cualquier posibilidad de incendio.

—¡Lo ha conseguido, lo ha conseguido! —gritó Baker.

—Bah, yo también lo hubiera hecho —rezongó Dennis Hammon.

—Estúpido, tú eres el que nos ha metido en este lío. ¿Dónde estamos ahora? —preguntó Laura.

—Esto parece un desierto. Si no fuera una barbaridad, diría que

es el Sahara, aunque también puede ser el Gobi o Mesopotamia.

—No digas tonterías, Jubal, apenas hemos volado una hora. Seguimos en Europa.

—Sí, en Europa, pero ¿en qué dirección? No hay nada a bordo que funcione. A ver si consigues algo a través de la radio.

Dennis Hammon intentó establecer contacto, pero pronto desistió de lograrlo.

—Tampoco funciona. No es nuestra noche de suerte.

—¿Quién ha dicho que no? —terció Baker, animoso—. Estamos vivos, ¿o no?

—Yo voy fuera —indicó Warner.

—Yo también, necesito salir de este trasto antes de que reviente.

Warner abrió la portezuela y observó que había un viento frío y silbante que se deslizaba sobre la arena formando ligeras ondulaciones.

Mientras, a bordo, Helen observaba a Jubal con admiración. Ambos descansaban en sus respectivas butacas.

Ida fue tras Warner, ansiosa de sentirse sobre suelo seguro y firme.

Warner caminó por la arena, junto al aparato. Súbitamente, la arena se removió junto a él, surgiendo de sus entrañas una mano humana grande, larga, blanca y reseca a un tiempo, una mano que Warner no vio hasta que le sujetó por el tobillo, tirando de él con tal fuerza que cayó derribado.

Ida, que acababa de ver lo sucedido, quedó aterrada, con los ojos a punto de saltar de sus cuencas, ante aquel hecho tan insólito como satánico.

—¿Eh, qué pasa? —preguntó Warner al caer al suelo cuando otra porción de arena se removía, apareciendo otra mano semejante a la anterior que se engarfió en su cuello como una infernal y letificante zarpa.

Warner lanzó un grito infrahumano, un grito de terror y muerte, un grito que heló la sangre en las venas de todos.

Ida se llevó las manos a la cara ante lo que acababa de presenciar, como si quisiera arrancarse los ojos para no volver a ver jamás algo tan terrorífico y demoníaco. Chilló, chilló como jamás pensó que podría hacerlo, hasta que sus cuerdas vocales no dieron más de sí.

CAPÍTULO III

Jack J. Jubal cogió por las axilas a Ida, subiéndola de nuevo al aparato.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Helen.

—A Warner, Dios mío, Dios mío… Ha sido horrible, horrible.

Jack J. Jubal se asomó a la portezuela del aparato, descubriendo a Warner por el lado de popa, tendido en el suelo, inmóvil.

—¡No, no salgas, te matarán a ti también, a ti también! —chilló Ida, convulsionada, temblándole los labios y con ojos obsesionados tras lo que acababa de ver y que su razón rechazaba.

—Cuidado, Jubal, afuera puede haber alguna bestia peligrosa, quizá es eso lo que nos quiere advertir Ida —observó Baker.

Harold gruñó:

—Yo no salgo, no quiero que ninguna fiera me destroce.

—A bordo no tengo ninguna pistola. Si alguien lleva alguna encima…

Jubal miró a Dennis Hammon y negó con la cabeza.

—Me temo que no poseemos más armas que nuestras manos.

—En la caja de herramientas puede haber un destornillador. Para rechazar a una fiera, a un lobo, me imagino que servirá.

—¡Escuchadme, escuchadme! —exigió Ida. Cuando hubo acaparado la atención de todos, casi sin aliento, fallándole la voz y doliéndole la garganta, gimió—: ¡No, no ha sido una fiera, no ha sido un lobo, ojalá lo fuera!

—¿Qué ha sido entonces? —preguntó Jubal.

—Vamos, Ida, haz un esfuerzo, tú lo has visto todo —pidió Baker.

—No lo vais a creer, pero han sido unas manos, unas manos grandes y cadavéricas que han brotado de debajo de la arena. Han cogido a Warner por los pies y luego, tras arrojarlo al suelo, otra mano también salida de la arena lo ha asesinado, dándole un

zarpazo en el cuello como si fuera una fiera satánica surgida del mismísimo infierno.

—Está loca —masculló Harold—. No entiendo cómo se me ocurrió traerla a Europa.

—Será porque satisfacía sus caprichos, lo cual no resultará nada fácil.

—Diga, Jubal, ¿quién se ha creído que es?

Jubal cogió al obeso Harold por las solapas de su *smoking* y lo levantó en el aire.

—¿Y usted quién se ha creído que es?

—¡Suélteme!

Lo dejó caer de nuevo en su asiento.

—Laura, Helen, cuidad de Ida. Lo mejor sería darle un calmante.

—A bordo tengo *whisky* y pastillas para el mareo, nada más —dijo Dennis Hammon.

—Pues es muy poco para llenar un botiquín de urgencia —le replicó Jubal, agrio.

—Ida, creo que has tomado demasiado champaña y luego la tormenta en el vuelo te ha trastornado —observó Laura.

—¡No, yo las he visto, he visto cómo asesinaban a Warner!

—Una cosa es cierta —concretó Jack J. Jubal—. Warner está ahí afuera, tendido, y hay que ver lo que le ha pasado.

—Yo no salgo —masculló Harold, pese al parentesco que le unía a Warner—. Parece que afuera hace frío.

—Creí que usted era partidario de abandonar el aparato.

—Eso era cuando estábamos en vuelo. Ahora este cacharro está detenido y no ofrece ningún peligro.

—Bien, saldré yo a ver lo que hay afuera.

—¡No, no, te asesinarán a ti también! Son manos salidas del infierno, de debajo de la arena. ¡Es como si los muertos resucitaran!

—Calma, Ida, los muertos no resucitan. Eso sólo son fantasías.

—Yo te acompaño, Jubal.

Jack observó al hombre de color y respondió:

—Bien, Baker, vamos afuera.

Ida los contempló con espanto, como si los viera vivos por última vez.

El viento seguía silbando, frío y hostil, casi espectral.

Jack miro hacia Warner, que seguía tendido sobre la arena,

cerca de la rueda que sostenía la popa de la avioneta.

—La verdad es que hay algo extraño, anormal. No sé qué es, pero lo siento y parece maligno.

—Vamos, Baker, tú eres un hombre avanzado. No creerás en vudú o algo por el estilo, ¿verdad?

—No, pero hay muchas cosas extrañas en nuestro mundo que todavía no se han podido aclarar. Están en todas las religiones, en todos los países y en todos los tiempos.

—¿Has asistido últimamente a algún seminario de parapsicología?

—Bueno, sé algo, pero no creo que me haya dejado influir hasta tal punto. Sin embargo… —De súbito, quedó como cortado—. ¡Jubal!

—Calma, Baker, estoy viendo lo mismo que tú.

—Le, le, le falta la…

—Sí, la cabeza. Lo han decapitado y, al parecer, no de una forma limpia.

El cuerpo de Warner, vestido de *smoking* y tendido en el suelo, ofrecía un aspecto macabro al faltarle la cabeza por completo, como arrancada con garfios de acero.

Por el cuello había brotado casi toda la sangre de su cuerpo y ésta había sido absorbida rápidamente por la arena sin extenderse la mancha.

Baker y Jubal miraron en derredor. Incomprensiblemente, la cabeza de Warner no aparecía por parte alguna, ni por detrás de la rueda, y no había árboles, piedras ni arbustos tras los que pudiera estar oculta.

—No sé si Ida ha bebido mucha champaña o no, pero hay que aceptar que este asesinato, además de inesperado, ha sido brutal y desconcertante —gruñó Baker, mirando la arena con suspicacia.

Movió sus pies como temeroso de que surgiera de nuevo una de las manos asesinas.

—Hay que cubrir el cadáver, antes de que lo vean las mujeres o esto se va a poner muy feo.

—Sí, iré a ver si a bordo tienen una manta.

Baker se acercó a la portezuela donde estaba Dennis. Éste preguntó:

—¿Cómo está Warner?

—Muerto. Hace falta una manta.

—Si está muerto, ¿para qué diablos necesita una manta? —gruñó Dennis.

—No seas siempre tan estúpido, Dennis. Si te he pedido una manta, dámela.

—Es que no sé si hay, ahora buscaré.

—Yo le ayudaré a buscar —se ofreció Helen.

—Sí, ayúdame, porque este aparato, en fin, todavía no lo tengo muy por la mano.

—Aquí, aquí hay una manta —descubrió Helen, en unos compartimientos situados en la popa, donde también había paracaídas.

Baker se hizo con la manta y se la pasó a Jubal, quien cubrió el cadáver con ella. Después, miró a su alrededor. El viento seguía frío, hostil. A lo lejos, donde semejaba terminar el brillo espectral de aquella arena, se veía como una gran sombra.

La luna era lo suficientemente clara como para poder moverse en la arena sin dificultad alguna.

Jack se inclinó junto al cadáver decapitado de Warner y comenzó a remover la arena con sus manos.

—Jubal, ¿qué haces? —le preguntó Baker, que estaba fuera del aparato, pero cerca de la escalerilla de aluminio articulado que permitía subir a bordo.

—No sé, busco algo.

—No creerás en lo que ha dicho Ida, ¿verdad? —dijo Baker, acercándose con cierto temor.

—Yo no soy supersticioso, Baker, pero tú ¿tampoco lo crees?

—Bueno, trato de ser lógico, y la lógica me dice que aquí ha habido un asesinato. Que en brevísimo tiempo ha sido decapitado un hombre y su cabeza ha desaparecido. Quienquiera que lo haya hecho no es un ser normal. No es fácil arrancar una cabeza salvo que sea con un buen sable o una guillotina.

—Las formas que han quedado marcadas en la base del cuello indican más bien que ha sido como el zarpazo brutal de una fiera. Un león, por ejemplo, arrancaría una cabeza de esa forma. Le basta un solo y efectivo zarpazo para decapitar a un hombre.

—Sí, un león y aquí hay mucha arena. Podemos estar junto al límite de la sabana africana.

—Sería una buena hipótesis, Baker, pero no podemos estar en África. Nos hallamos en Europa.

—En Europa también hay quienes cuidan leones, es decir, tienen criaderos de leones que luego exportan a la mismísima África. Los hay en Francia e Inglaterra.

—Sí, pero hubiéramos oído el rugido del león. El rugido de un león, bronco y fuerte, se puede oír a mucha distancia, y más en un lugar como éste donde no hay prácticamente obstáculos para la onda sonora. Tampoco hay huellas de animal alguno en la arena.

—Por eso buscas debajo de la arena, porque crees en lo que ha dicho Ida, ¿verdad? —preguntó Baker quitándose las gafas para escrutar mejor, buscando la verdad.

—Por el momento, regresemos al interior del aparato y allí decidiremos, pero aguarda.

—¿Qué pasa? —preguntó Baker, asustado.

—Mira allá, al fondo, aquella masa oscura.

—Sí, sí la veo.

—¿No observas una luz débil, como de una vela o similar?

—Sí, creo que allí hay una luz como tú dices. Sí, hay una luz —dijo ahora con más seguridad.

—Alguien sostiene esa luz o, por lo menos, la ha encendido. Eso es lógico, ¿no?

—Sí, muy lógico, pero creo que nos hemos metido en un lío que no tiene nada de lógico y que ha comenzado trágicamente.

—Sí, y la cabeza de un compañero muerto ha desaparecido.

CAPÍTULO IV

—¿Qué le ocurre, Harold, no se interesa por lo sucedido a su sobrino? —inquirió Jubal con acritud.

—Yo no tengo la culpa de que haya muerto —gruñó el financiero.

Baker observó:

—Se ha quedado sin secretario.

—Pero ¿dónde nos hallamos? —preguntó Laura, desconcertada.

—La verdad es que no lo sé. No funciona la radio y todos los baremos están estropeados. Ha debido de ser a causa de la violentísima tormenta magnética.

—A no mucha distancia parece haber una casa, o algo que se le asemeja, y una luz, indicativa de que alguien está dentro.

Todos miraron a Jubal, interrogantes.

—Salir afuera es peligroso —manifestó Harold.

Ida movió la cabeza negando obsesivamente.

—¡Yo no salgo, yo no salgo!

—Calma, afuera no hay nada.

—Si nada es un hombre muerto… —comentó Helen.

—Bueno, sí hay un peligro, pero ignoramos cuál. Sin embargo, cuando hemos salido Baker y yo, no hemos sido atacados, por lo que pienso que a todos juntos no nos atacarán.

—¿Está proponiendo ir a esa casa que dice que ha visto?

A la pregunta de Harold, Helen observó:

—Creo que si hay alguien en esa casa, lo mejor es ir a visitarlo y nos dirá cuanto deseemos saber acerca de nuestra insólita situación.

—Nos evitaríamos correr riesgos si pudiéramos llegar con el aparato hasta la casa —propuso Dennis Hammon.

—Pues, ¿a qué esperas, estúpido? Ponlo en marcha.

—¡Laura, ya estoy harto de que me insultes!

—Pues si estás harto, te muerdes la lengua. Ya sabes de quién es

el dinero y sin él no se te abrirán tantas puertas, de modo que cierra la boca como te decía mi padre.

Dennis apretó los labios con rabia y masculló entre dientes:

—Algún día te acordarás de todas estas humillaciones, palabra.

El trabajo de Dennis Hammon tratando de poner la «Pipper» en marcha fue inútil.

—Creo que habrá que ir a pie.

Las palabras de Helen no sentaron bien a todos.

Por su parte, Jubal aceptó:

—Lo mejor será ir hasta la casa y allí intentaremos solventar el problema en que nos hallamos.

—Yo voy contigo —dijo Baker.

—Pues yo no salgo de aquí. Dentro del aparato se está bien —masculló Harold.

—Si hace frío afuera, el interior del aparato no tardará en enfriarse también —advirtió Dennis—. Los motores no funcionan y no nos proporcionarán el calor necesario para ahuyentar el frío.

—Yo también me voy con ellos —decidió Laura Hammon importándole muy poco la resolución que tomara su marido.

Harold, con un gruñido, preguntó:

—No nos van a dejar solos a Ida y a mí, ¿verdad?

—Vamos, ¿por qué no añade el cadáver de su sobrino a la lista? Si quiere quedarse, puede hacerlo, Harold, aquí nadie está obligado a nada, pero hay que ser consecuentes y aceptar que la avioneta no sirve para nada en estos momentos y la ayuda tiene que llegarnos del exterior —dijo Jubal.

—¿Y si viene la fiera a asesinarnos como a Warner?

—Cuantos más seamos, mejor podremos defendernos de un supuesto ataque.

—No es una fiera, es algo monstruoso, son manos que surgen de la arena —insistió Ida con el pánico electrizando sus nervios.

La observaron con cierta compasión. Ida había sufrido un fuerte *shock*, todos estaban convencidos de ello. El propio Jubal había cavado en la arena sin encontrar ningún vestigio de nada.

—No temas, Ida, todos iremos juntos —le dijo Helen situándose junto a ella.

—No puedo evitarlo. Temo que en cualquier instante se remueva la arena y aparezca una de esas manos asesinas.

—Tenías que haberte quedado en un sanatorio psiquiátrico allá en Estados Unidos —masculló Harold.

Abandonaron el aparato. El viento seguía silbante y frío. En algunos puntos se levantaba una ligera nube de fina arena y salvo aquel silbido, se palpaba un silencio agobiante.

—La casa está en aquella dirección —señaló Jubal poniéndose a la cabeza del grupo que cerraba Baker.

—Yo no veo ninguna luz —gruñó Dennis Hammon.

—Antes sí la había —insistió Baker—. Yo la he visto y Jubal también.

—Sí, por eso vamos hacia aquel lugar —indicó Jack J. Jubal.

A cada paso que avanzaban, quedaba una huella claramente impresa en el suelo arenoso, pero apenas se habían alejado de ellas unas yardas, las huellas se borraban.

Ida y Harold eran los que miraban con más obsesión en derredor. De pronto, Ida gritó:

—¡Allí, allí hay una mano que surge de la arena!

—Yo veo algo —balbució Harold, temblando.

Todos buscaron con la mirada, pero aquel viento que parecía empujarles hacia la casa levantó más arena y no les permitió ver nada.

Jubal señaló la mansión, indicando:

—Será mejor que prosigamos. Puede que se levante una tormenta de arena y lo pasemos peor. No sabemos dónde estamos ni qué nos rodea.

—¡No me creéis, la he visto, juro que la he visto! —casi suplicó Ida para que la creyeran.

Se fueron acercando a la mole de la casa, una casa grande, un palacete tan sólo iluminado por la luna, más brillante que nunca, que parecía seguirles atentamente.

—Dennis, esta casa me recuerda algo —expresó Laura dubitativa.

—No digas tonterías. Seguro que no hemos estado aquí jamás.

Subieron por una escalinata que daba a una amplia terraza cuyo suelo crujía por tener arena también.

—¿Hay alguien ahí? —inquirió Jubal con voz potente.

No obtuvo respuesta.

—Parece abandonada —observó Helen.

—Antes hemos visto luz.

—Sería un espejismo —replicó Harold, incrédulo.

—Lo mejor será refugiarnos en la casa —pidió Ida mirando atrás con recelo, temiendo que de un instante a otro se les apareciera algo horrible por monstruoso y desconocido a un tiempo.

—Bien, veamos si se puede entrar.

La puerta cedió con facilidad. El interior del palacete estaba oscuro como la boca de un lobo. Jubal encendió su mechero.

A la luz de la llama, observaron a su alrededor. Había muebles negros, llenos de polvo y telarañas, muebles ajados, casi espectrales.

—Si no hubiera visto la luz, yo mismo juraría que esta casa está deshabitada —opinó el propio Jubal.

—¡Dennis, Dennis!

—¿Qué te ocurre, Laura? No te irás a poner histérica tú ahora, ¿verdad?

—¡Dennis, este palacete lo conozco!

—¿Que lo conoces, de qué? No sabía que hubieras estado aquí jamás antes de esta noche.

—Pero, Dennis, ¿es que no te das cuenta?

—¿Y de qué he de darme cuenta?

Se produjo una gran tensión general. El mechero de Jubal se recalentó excesivamente y se apagó, dejándoles a todos a oscuras. Harold, nervioso, se apresuró a encender el suyo de oro que falló cuatro o cinco veces antes de conseguir prender la llama, fallos quizá debidos más a su nerviosismo que al mechero en sí.

—¡Éste es el palacete!

—Sí, ya vemos que es un palacete.

—¡Es que se trata del que hemos alquilado nosotros, el que acabamos de dejar atrás!

Harold dio un respingo al quemarse y se apagó la llama de su mechero. Baker se apresuró a suplirlo con una caja de fósforos.

—¿Te has vuelto loca, Laura? ¿Cómo va a ser este nuestro palacete si lo hemos dejado atrás, bien iluminado y limpio? Fíjate, fíjate en estos muebles. —Pasó su mano por encima de uno de ellos —. Están llenos de polvo, hace años que no se han limpiado.

—Todo lo que quieras, pero éste es el palacete que hemos dejado atrás —insistió Laura, mientras a Ida le castañeteaban los dientes y el paladar se le resecaba.

—Parece como si nos hubiéramos vuelto todos locos —masculló Harold.

—Hay una cosa concreta: Warner ha muerto, su cadáver ha quedado junto al avión.

—También hay algo concreto: junto a nuestro palacete discurría el Danubio y aquí sólo hay arena, mucha arena, querida —comentó Dennis, hiriente y sarcástico.

—¡Ya lo sé, ya lo sé, creo que me volveré loca, pero esta casa es la que hemos dejado!

Jubal opinó:

—Por lo menos, la casa se parece.

—Sí, yo también lo creo así —corroboró Helen.

—Pudiera ser que hubiese un palacete gemelo —aceptó al fin Dennis Hammon—. Lo mismo que ahora se construyen millones de apartamentos idénticos, pudiera ser que hace siglos, el mismo arquitecto hubiera edificado dos palacetes iguales. Pero no puede ser el mismo, porque el nuestro tiene mucho césped y el río al lado, y eso no se cambia en minutos u horas.

—Dios mío, no entiendo nada —gimió Laura, al borde de una crisis nerviosa.

—De momento, lo que nos haría falta es encontrar algo con que iluminarnos permanentemente —dijo Baker.

—Del techo cuelga una lámpara con velas —observó Jubal—. Habrá que descenderla para prenderles fuego a los cabos.

—Querida, ¿no te das cuenta ahora de que no es nuestro palacete? Éste ni siquiera tiene electricidad.

De pronto, por la amplia escalinata que bajaba al salón, apareció un candelabro de siete velas iluminándola. Todos quedaron en suspenso, esperando y temiendo a la vez. El palacete no estaba deshabitado.

CAPÍTULO V

Los siete pares de ojos quedaron clavados en la figura femenina que descendía los peldaños con el candelabro en la mano.

Vestía una especie de túnica larga de gasa negra, que tenía algo de etéreo y que dejaba traslucir una curva y sensual belleza.

Descendió hasta el pie de la escalera y les sonrió con una sonrisa fría, algo cínica, que no mermaba su gran belleza.

—Bienvenidos a todos —les dijo con acento más eslavo que germánico.

—¡Jubal, es Erka, juraría que es Erka! —denunció Laura.

—¡Cállate! —pidió Dennis—. No puede ser Erka, esta mujer es más joven.

—Parecen muy preocupados. En la casa están a salvo —les dijo la hermosa y extraña mujer.

Jubal descubrió que el único adorno que portaba encima la desconocida era un camafeo de azabache orlado de perlas y en cuyo centro había un símbolo cabalístico de oro y diminutos rubíes.

—¿Podría decirnos quién es usted?

—¿Por qué? Yo podría hacerles la misma pregunta. Sin embargo, creo que tienen problemas y les recibo en mi palacete para que se guarezcan en él.

—¿Cómo, cómo se llama usted? —preguntó Laura, nerviosa, adelantándose unos pasos para verle mejor el rostro.

—Erka, Erka es mi nombre. Creo que será suficiente, ¿no?

—¡Dennis, te lo he dicho, es Erka! ¡Ya lo habéis oído todos, es el ama de llaves! —gritó Laura.

No pudiendo resistir más, Ida se desplomó quedando inconsciente. Helen y Baker se inclinaron sobre ella.

—Parece que no se sienten ustedes bien. ¿Le ha ocurrido algún percance a la señora?

—Señorita —corrigió Harold, carraspeando pese a las

circunstancias—. Sólo tiene una crisis nerviosa.

—Si me siguen, les acompañaré a las habitaciones para que puedan descansar.

—Yo no me muevo de aquí —advirtió Harold.

—Yo tampoco, hasta que se explique. ¿Por qué ha cambiado tanto la casa, cómo ha conseguido rejuvenecerse de esta forma? ¡Vamos, dígalo! —exigió Laura.

—Creo que pierde usted la elegancia con tantos gritos y preguntas, señora. Quizá se deba a que su linaje no es de los más selectos.

Dennis prorrumpió en una súbita carcajada.

—Te está bien empleado.

Jubal se acerco a Erka y los ojos de ambos se encontraron. Había un desafío en ellos que no escapó a ninguno de los dos.

—Su rostro es limpio y terso como pétalos de rosa.

—Es usted muy amable, caballero.

—Llámeme Jack, es más corto. Ahora, sé que voy a sorprenderla, que puedo decirle algo que incluso le disguste, pero le pido disculpas de antemano.

—¿Por qué? ¿Piensa pedirme algo?

—Sí.

—Son ustedes mis huéspedes, se cobijan bajo los techos de mi casa y no puedo ser mala anfitriona, de modo que pida.

—¿Me permite tocarle el rostro?

—¿Mi rostro? —sonrió irónica—. ¿Y qué piensa conseguir con ello?

—No lo sé, pero quisiera tocarla, si no le molesta.

—Adelante, Jack, toque mi rostro.

Ida recobraba el conocimiento. Laura y Helen observaron a Jack e, instintivamente, ambas sintieron celos de aquella bellísima pero espectral mujer.

Jubal pasó las yemas de sus dedos por la faz de Erka. Después, por su cuello y por la nuca. Acarició con finísimo tacto tras las orejas y al fin, apartó las manos.

—¿Ya está satisfecho?

—Sí.

—Qué lástima. Es agradable sentirse acariciada por las manos de un hombre de su talla, pero dígame, ¿qué buscaba?

—No lo sé. Quizá usted lo sepa mejor que yo.
—Cuando acarician a una mujer, todos los hombres buscan lo mismo.
—Usted sabe que éste no ha sido mi caso.
—No es la Erka que tú dices, Laura —gruño Dennis Hammon.
—Sí lo es. Si no, ¿qué hace ese camafeo sobre su pecho?
—¿Se refiere a este camafeo? Es un recuerdo de familia que yo heredé.
—Convenga que, para vivir en esta casa, hay mucho polvo, señora —observó Baker.
Erka esbozó un mohín displicente.
—Sí, el palacete siempre ha estado algo descuidado, pero es que no hay servicio.
—No me diga que es usted la única habitante —se asombró Jubal.
—¿Tendría eso mucha importancia?
—Todo es tan extraño… El palacete es el mismo, pero ¿dónde está el río? —inquirió Laura.
—¿Qué río? —preguntó Erka.
—El Danubio, ¿qué río va a ser?
—Afuera sólo hay arena, mucha arena. Todo un desierto de arena, millas y millas que no tienen fin.
—¿Y cómo ha llegado usted hasta aquí, acaso tiene un vehículo todoterreno? —preguntó Harold, más interesado en escapar de aquella situación que en contemplar la belleza de aquella mujer que la gasa semitransparente no conseguía ocultar por entero.
—Ignoro lo que quiere decir.
—Pues algo tendrá que entender —prosiguió Harold—. Ésta es una situación anómala.
Dennis Hammon explicó:
—Una tormenta magnética nos ha desorientado y hemos aterrizado en este desierto. No funciona la radio ni nada. Ignoramos dónde estamos y no sabía que al sur de Austria o al norte de Yugoslavia o Hungría hubiera un desierto como éste.
—En ese caso, creo que lo mejor será que tomen posesión del palacete, ya que no es fácil salir de aquí.
—¿Qué trata de decirnos? —preguntó Jubal—. ¿Acaso ésta es la única casa en muchas millas a la redonda?

—Exactamente.

Harold pregunto:

—¿Y qué clase de fieras hay que han asesinado a mi sobrino?

—¡No han sido fieras, han sido unas manos! —puntualizó Ida, que había recobrado el conocimiento.

—No le haga mucho caso, está bajo un fuerte *shock* por lo ocurrido —indicó Helen.

—¿Y por qué no habría de hacerle acaso, si lo que dice es cierto?

Todos quedaron como petrificados contemplando a la enigmática y bella Erka.

Ida soltó una carcajada histérica y luego gritó:

—¿Lo veis, lo veis? ¡No estoy loca, no estoy loca!

Jubal se le acercó de nuevo, clavando sus ojos en los de Erka, tratando de bucear en el fondo de sus pupilas.

—¿No se trata de una broma?

—No, ninguna broma. Están sepultados bajo la arena y su única esperanza de revivir es… Bueno, ya lo irán conociendo.

—Ahora —exigió Jubal, cogiéndola por el brazo.

—Noto la presión de su mano en mi carne. Otra mujer quizá diría que la lastima; en cambio, a mí me agrada notar su fuerza masculina. Hace tanto tiempo que no tengo cerca a un hombre como usted…

Jack la soltó. Erka era ferozmente bella, deslumbrantemente atractiva como un gigantesco electroimán de miles de vatios de potencia.

Sin embargo, había algo en ella que hacía que Jack sintiera náuseas, como si oliera mal, como si debajo de toda aquella belleza anatómica hubiera algo podrido, difícil de describir, algo que le obligaba a rechazarla; todo lo contrario de lo que le ocurría junto a Helen.

—Entonces, ¿es verdad que existen esas manos bajo la arena que tratan de asesinar a quien sea atrapado? —pregunto Dennis Hammon, tan perplejo como si a su alrededor comenzaran a aparecer seres de otros tiempos, de otros mundos.

—De momento, ya es una suerte para ustedes haber llegado hasta el palacete faltando uno solamente. El peligro está en todas partes. Las manos ansiosas de revivir pueden salir en cualquier punto, como si todo estuviera sembrado de trampas, y será inútil

que alguien piense en marcharse de aquí. Este lugar es el oasis en el desierto de los Hijos de Beyrevra.

—¿Los Hijos de Beyrevra, quiénes son ellos? —preguntó Jubal.

—Sí, y queremos saber qué han hecho con la cabeza de nuestro amigo Warner —preguntó Baker, ansioso por descorrer las cortinas del misterio que los engullía.

Harold, asustado, balbució:

—¿La cabeza, que le han quitado la cabeza?

De pronto, todas las velas del candelabro se apagaron bruscamente, sumiéndolos en la oscuridad.

Erka comenzó a reír, primero levemente y luego con más fuerza, hallando ecos hasta en el último recoveco de aquel misterioso palacete, donde ni las ratas deberían esconderse.

CAPÍTULO VI

Helen y Laura sentían frío en los pies y sudor en las palmas de sus manos.

Al fin, la luz se hizo de nuevo dentro del gran salón, un salón polvoriento, sucio por un abandono que podía tildarse de secular. Las siete velas del candelabro despidieron su luz fantasmal y oscilante.

—Bueno, creo que la luz nos hace bien a todos —suspiró Jubal.

—Esa mujer ha desaparecido —indicó Baker.

—Sí, se ha marchado —musitó Helen.

Por su parte, Laura escrutó, con temor y desafío a la vez, la escalera.

—Podría jurar que es Erka. No entiendo por qué es más joven y hermosa, no lo entiendo, pero es ella.

—No comprendo cómo se han apagado las velas —masculló Harold—. Aquí dentro no ha penetrado ninguna ráfaga de aire.

—Bueno, yo tengo nociones de parapsicología y…

Ida, ya levantada, más dueña de sí, preguntó sin dejarle terminar:

—Eso es como espiritismo, ¿verdad?

—Pues no —aclaró Baker.

Jubal puntualizó:

—En realidad, lo que hace la parapsicología es descubrir científicamente, y también por lógica, los pretendidos misterios del espiritismo.

—Exacto. La parapsicología no acepta los misterios, sólo quiere hechos que se puedan probar.

—¿No hay misterios? Entonces, ¿qué son esas supuestas manos que han surgido de debajo de la arena y que han asesinado a mi sobrino Warner?

—Eso es obra de espíritus —se lamentó Ida, temblando.

—Calma, creo que debemos razonar un poco —pidió Jubal.

—Jack, hay algo que es evidente. Warner ha sido asesinado; y puede que luego le siga otro de nosotros. Esa enigmática mujer lo ha dicho.

—Helen, tranquilízate, todavía no ha muerto nadie más.

—¿A qué hemos de esperar para estar seguros? —preguntó Harold—. ¿A que a otro de nosotros le arranquen la cabeza? Porque Baker ha dicho que a mi sobrino lo habían decapitado.

Baker miró a Jubal, como pidiéndole disculpas, y luego dijo:

—Sí, su cabeza ha desaparecido.

—Se la han cortado. Pero ¿con qué? —preguntó Laura.

—Más parece que se la han arrancado de un zarpazo o algo por el estilo. Lo que haya sido tiene una fuerza extraordinaria —apuntó Jubal.

—Pues lo que soy yo, no piso más esa maldita arena. Después de todo, aquel cacharro de avión ya no sirve para nada.

—Será mejor que razonemos para hallar la clave de todo esto, de nuestra situación.

—La mujer es Erka, ella misma lo ha admitido —insistió Laura.

—Ha admitido que es Erka, pero no la Erka que tú dices, Laura —objetó Dennis.

—Debemos aceptar que se le parece y que se llama Erka, un nombre que puede heredarse familiarmente.

Tras las palabras de Jubal, Helen preguntó:

—¿Como el camafeo del símbolo cabalístico?

—Correcto.

—Jubal, ¿buscas un problema de cuarta dimensión?

A la pregunta de Baker, Laura inquirió, aturdida:

—¿Podéis hablar claro de una condenada vez?

—Bueno, creo que el que más o el que menos ha oído hablar de transportarse en el tiempo —gruñó Baker.

—¿Eso que daban por la tele del túnel del tiempo? —preguntó Harold.

—Algo así, pero más científicamente. Algunas teorías matemáticas avanzadas, y no digamos de otras ciencias, admiten que el ser humano puede trasladarse al futuro sin dejar de ser él mismo.

—No creo que éste sea el camino, Baker —corrigió Jubal—.

Nuestra avioneta no ha alcanzado altísimas velocidades para poder llegar a esas teorías matemáticas que diferencian el transcurso del tiempo entre los que están de viaje por el cosmos y los que se quedan en la Tierra.

—Entonces, no sé qué explicación darle —gruñó Baker, decepcionado.

Helen preguntó:

—¿Lo que queréis decir es que estamos en el futuro de nuestro tiempo?

—O en el pasado —agregó Baker.

Harold sentenció:

—Yo no lo creo.

—Pues yo lo creo todo —dijo Ida.

Por su parte, Jubal movió la cabeza negativamente.

—No sé, no sé. Podría resultar que esta Erka fuera la tatarabuela de la Erka que nosotros conocemos o su tataranieta.

—En esas teorías absurdas, me inclino más por el futuro, porque, que yo sepa, el Danubio no ha desaparecido en ninguna ocasión desde que fue edificado el palacete —concretó Laura.

—Yo creo que este problema es más complicado que todo eso —expuso Jubal, con fría sinceridad.

—No hay duda de que las velas las ha apagado Erka para desaparecer en la oscuridad —opinó Baker.

—¿Y cómo lo ha hecho, sin tocarlas ni soplar? —preguntó Helen.

—Baker puede explicarte lo que está admitido en parapsicología, que una persona paranormal puede apagar velas a distancia o mover cuadros. Eso está aceptado por más de veinte cátedras universitarias de todo el mundo, pero nada tiene que ver con el espiritismo ni con el ocultismo, del cual muchos se aprovechan para lucrarse a costa de los incautos.

—Si Erka posee esas facultades, puede haber apagado las velas a distancia —afirmó Baker.

—Y si tiene ese poder, está por encima de nuestras posibilidades —concretó Harold, molesto.

—Eso está todavía por demostrar —dijo Jubal—. No hay que desesperar ni perder la razón. Posiblemente esto último sea lo que ella pretende. Quizá, si salimos afuera y caminamos por la arena, no

haya manos que quieran cogernos para arrancarnos la cabeza.

—Yo no voy a someterme a esa prueba —advirtió Harold.

Ida se estremeció, antes de musitar:

—Y yo tampoco.

—Bueno, creo que, de momento, ya hemos hecho la prueba de caminar por la arena en grupo y nada ha sucedido. Ya habrá tiempo para probar en solitario cuán peligrosas son esas supuestas manos que emergen de la arena.

—¡No son supuestas, son reales! —insistió Ida.

—Está bien, reales, aunque parezca increíble. Por lo que veo, debemos aceptar lo increíble como normal a partir de ahora.

—Yo no puedo creer en muertos que resucitan —aclaró Baker.

—¡Pues yo sí! —gritó Ida.

—Baker tiene razón, hay que darle una explicación a todo, por mucho que nos cueste, y quien esté muerto ya no va a resucitar, a menos que nos hallemos en el instante del juicio final. Alguien dijo que había que cuidarse de los vivos y no de los muertos, que éstos ya no se mueven.

—Sí, pero son muy pocos los que se atreven a pasar la noche solos en el cementerio —replicó Harold.

—El miedo es más debido a su propia imaginación que a los muertos en sí —repuso Jubal.

—Eso es correcto —asintió Baker—. Claro que a mí me gustaría saber quiénes son los Hijos de Beyrevra.

—Debe de ser algo diabólico —apuntó Laura.

—Bueno, creo recordar que Beyrevra es un demonio de la mitología hindú o algo por el estilo, es decir, un dios del mal, supongo que equivalente a Satán.

—Entonces, ¿los que están muertos y pretenden revivir son idólatras de ese Beyrevra, sinónimo de Satán? —preguntó Ida.

—Si aceptamos que existen esos seres que quieren revivir, sí, claro que tendríamos que averiguar muchas cosas más, porque no es lógico que, si están muertos, puedan moverse. Si quieren resucitar es que están muertos y, si están muertos, no pueden desear nada.

—Su razonamiento es un axioma, Jubal, pero yo quisiera estar volando ahora con la «Pipper», lejos de aquí —gruñó el financiero —. No sé cómo acepté la maldita idea de darnos un paseíto sobre el cielo nocturno de Viena.

Dennis Hammon, sintiéndose culpable, replicó:

—Al diablo, no pueden echarme la culpa a mí. Yo no sabía que podíamos venir a parar a un lugar como éste, ni yo ni nadie.

—No se tratará de una estúpida broma vuestra, ¿verdad? —pregunto Ida, mirando a Dennis Hammon y a Laura.

—Ojalá fuera una broma. Estamos en un palacete que yo alquilé, pero que ahora es distinto, con un ama de llaves a la que contraté y que, siendo la misma, según creo, parece la propietaria, ha rejuvenecido espectacularmente y nos habla de unos muertos que idolatraban a un ser maligno, a un ídolo del mal, y que quieren revivir. ¡Qué más quisiera yo que fuera una broma! Si no temiera que me ocurriese lo mismo que a Warner, saldría corriendo sin mirar atrás.

—¿Y quién nos garantiza que aquí dentro nos encontremos a salvo? —preguntó Harold.

De pronto, escucharon una voz que les resulto extraña y que comenzó a cantar, alargando y modulando las vocales en una melopeya lastimera o de oración que recordaba en mucho a los cantos árabes, aunque nada tuviera que ver con ellos. También podía asemejarse a las plegarias de los indios americanos. Era difícil discernirlo, ya que nadie conseguía descifrar lo que se decía en aquella especie de oración que alguien entonaba mirando a la reluciente y redonda luna.

Quedaron quietos, a excepción de Jack J. Jubal que, temerariamente, según todos opinaron, anduvo hacia la puerta para ojear en la terraza. Allí debía de estar el ser que oraba.

Baker y Helen le siguieron, y luego los demás, hasta terminar todos agrupados frente al umbral.

Afuera, junto al borde de la terraza, pudieron ver a un hombre ataviado con extrañas vestiduras asiáticas.

Con las rodillas clavadas en la arena, dirigía sus letanías hacia la luna.

—¡Oiga! —le interpeló Jubal—. ¿Entiende nuestro idioma?

Aquel ser dejó de cantar. Todavía arrodillado, giró la cabeza, iluminado tan sólo por aquella gran luna que hubiera permitido leer un libro sin otra luz adicional.

—¡Es Warner! —gritaron al unísono Ida, Laura, Harold y Helen, mientras el miedo les hacía retroceder hacia el interior del palacete.

CAPÍTULO VII

Aquel ser se puso en pie. Caminando, se internó en el océano de arena, perdiéndose de vista.

El viento gemía. Siempre debía silbar y ser frío, helado, produciendo una sensación espectral. El pánico cundió en las mujeres.

Ida tuvo convulsiones de miedo y Laura estuvo a punto de desfallecer. Helen se apoyó en Jack y, con voz queda, preguntó:

—¿Qué significa esta aparición?

—No lo sé. El rostro era de Warner.

—A Warner le arrancaron materialmente la cabeza, Jubal, ambos lo vimos.

Jubal suspiró.

—Tienes razón, Baker, le arrancaron la cabeza, pero ésa era la cabeza de Warner.

—¿Sobre otro cuerpo? Porque ese cuerpo no es suyo —farfulló Harold—. ¡No puedo creerlo, no entiendo nada, debo estar loco, loco, loco…!

Jubal le hundió el puño en la boca del estómago y abortó contundentemente la histeria del financiero.

—No hay que perder la calma —gruñó—. Warner en absoluto ha tratado de atacarnos, solo nos ha mirado.

—Es que no era Warner —puntualizó Dennis Hammon—. Tenía su misma cara, pero esa forma de orar o lo que sea, esa indumentaria. Incluso, era más alto y sus manos resultaban más largas.

—Es el muerto, que ha salido de las entrañas de este mar de arena —gimió Ida, temblorosa.

—Vamos, Ida, no hay muertos que revivan —le cortó Helen.

—¡Sí, ahora ya sabemos por qué el muerto le arrancó la cabeza a Warner con sus repugnantes manos! ¡Porque la necesitaba, y ahora

ya la tiene!

—No digas barbaridades, Ida. ¿Cómo podría ser la cabeza de uno y el cuerpo de un muerto? —preguntó Helen, tratando de ser consecuente.

—Tenía ropa alrededor del cuello, pero si se la hubiéramos quitado, habríamos visto la unión de la cabeza con el cuerpo que le es extraño. Ese muerto le ha robado la cabeza a Warner para revivir.

Baker opinó con suficiencia:

—Si ese fantástico trasplante se hubiera llegado a realizar, la que mandaría sería siempre la cabeza sobre el cuerpo, y no a la inversa.

—Eso está muy bien, Baker, pero hasta ahora, quien tiene razón es Ida. Ella vio cómo esas extrañas manos atacaban a Warner y lo asesinaban. No la creímos allí, en la «Pipper», pero luego aparece esa Erka y confirma sus palabras. De modo que ahora creo que Ida es quien da en la diana. Ese muerto, que debía conservarse incorrupto bajo la arena, ha tomado la cabeza de Warner.

—Todo eso es absurdo. Ni un niño ansioso por oír historias de terror creería semejante cuento. ¡El cadáver que robó la cabeza de un hombre para volver a la vida!

—Jubal, no te burles —pidió Laura—. Yo también empiezo a creer en todo esto. Ya os dije que esa Erka es muy especial. Ella lo sabe todo y ahora ya hay un muerto resucitado libre, porque aunque tenga el rostro de Warner, para nosotros ya no es Warner. Habla de forma distinta, no nos reconoce, es otro ser al que debemos temer, pues ignoramos lo que puede llegar a hacernos. Con sus manos decapitó a Warner, lo que indica que tiene una fuerza muy superior a la nuestra.

—Parecía pacífico —comentó Jubal, mirando hacia la arena, donde semejaba haberse disuelto aquel nuevo y espectral Warner que tenía el aire de un hindú surgido de las enigmáticas junglas asiáticas, y que cantaba u oraba algo que ellos no entendían, mirando hacia la gran luna que lucía como nunca en el firmamento.

Dennis Hammon, contenido hasta aquel momento, estalló bruscamente:

—¡Hay que escapar de aquí, hay que escapar, escapar!

Echó a correr sobre la terraza, saltando fuera de ella para correr

hacia la arena.

—No sé qué debo hacer, si impedírselo o dejar que intente escapar. Quizá él consiga salir de este embrollo tan fantástico en el que hemos caído.

—Pues si él lo consigue, yo también —farfulló Harold resoplando, tembloroso de pavor.

Saltó a la terraza, disponiéndose a correr hacia la arena, cuando hasta ellos llegó claramente un alarido, expresión de agonía y muerte violenta, un alarido que era la última rebeldía de alguien que se negaba a morir y que se elevó por encima de aquel viento que no dejaba de acariciar la arena, alzándola en algunos puntos de forma fantasmal.

Al oír el espeluznante grito, Harold se detuvo tan repentinamente que cayó al suelo cuando, al borde de la terraza, aparecía una mano blanca, larga, de piel reseca, una mano que había surgido de la arena, moviéndose hacia el mosaico rojo de la terraza como si tratara de apresar a Harold.

Éste, desencajado por el pavor, chillaba como un cerdo en el matadero que ve cómo las gargantas de sus congéneres son acuchilladas sin piedad, y la sangre caliente casi le salpica el cuerpo.

El pánico lo inundó de torpeza y fue incapaz de moverse.

Jubal corrió hacia él, levantándolo y obligándole a retroceder, mientras la mano desaparecía bajo las arenas para luego no quedar ni rastro de ella.

El viento seguía ululando y ya no se oían gritos a lo lejos. Todos comprendieron que Dennis Hammon había muerto también.

—¡Todos, todos lo habéis visto! ¡Esa maldita mano, esa mano infernal quería asesinarme!

—Calma, Harold, todavía no está muerto —le cortó Jack J. Jubal.

—Sí, pero podía haber muerto.

—Si no hubiera corrido hacia la arena con el miedo entre las piernas, no habría estado en peligro —le espetó Jack.

—Pero Dennis sí ha muerto, ¿verdad?

La pregunta de Laura Hammon quedó en el aire. Quizá Dennis no le interesara mucho como marido, pero sí como miembro del grupo que formaban.

Muerto él, eran uno menos y, al mismo tiempo, se confirmaba la peligrosidad de aquellas manos en las que no habían creído al principio y que, sin embargo, estaban allí, esperando para asesinarles.

—Lo de Dennis deberíamos ir a comprobarlo.

—Jack, ¿estás loco? No pretenderás ir allí para que te asesinen también, ¿verdad?

—Laura tiene razón —carraspeó Baker—. Caminar hasta aquel lugar es peligroso, y creo que ya sabemos lo que vamos a encontrar.

Ida, estremeciéndose, gritó:

—¡Un cadáver sin cabeza!

—Jack, tú crees que lo habrán, bueno, ya me entiendes… —balbuceó Helen.

—Sólo podría estar seguro si lo confirmara con mis propios ojos.

—¡Sí, lo habrán decapitado como me hubieran decapitado a mí sí me llega a alcanzar esa maldita mano! ¡Hay que tirar algo ahí, vitriolo, fuego, algo que queme al muerto que está escondido traidoramente bajo la arena!

—Harold, le propongo una cosa.

—¿El qué? Jubal, le advierto que yo no vuelvo a pisar esa maldita arena.

—Pues de alguna forma tendremos que salir de este condenado palacete…

—Helen tiene razón, habrá algún medio de salir de aquí. Espero que por la mañana, cuando nazca un nuevo día y el sol lo ilumine todo, veamos esto de otra forma —dijo Jubal.

Baker inquirió:

—¿Dejamos, entonces, de ver lo que le ha ocurrido a Dennis?

—Iré yo —dijo Jubal, resuelto.

Laura, sorprendida, preguntó:

—¿Solo?

—Sí, no creo que nadie desee acompañarme.

—No te vayas —suplicó Helen, con un mundo de angustia en sus pupilas verde esmeralda.

—Si te vas, me suicido —advirtió Ida—. No podría soportar quedarme aquí. Baker también terminaría marchándose y este cerdo llamado Harold sería incapaz de protegerme.

—¿Yo, cerdo? —rugió el financiero—. ¡Maldita, me estás

chupando los dólares y encima me llamas cerdo!

Alzó una mano para golpear a Ida, pero la recia diestra de Jack se la sujetó en el aire, mientras con la zurda le descargaba un contundente puñetazo.

—Aquí no se golpea a las mujeres, amigo, y si ella le ha llamado cerdo es porque seguramente lo es. Nadie mejor que ella para saberlo.

Ida prorrumpió en un sollozo y Helen la cogió por los hombros, confortándola.

—¡Ella es una furcia, y a usted, Jubal, lo arruinaré, haré que lo echen de todos los equipos! ¡Soy poderoso, muy poderoso!

—Al diablo su poder, y cállese, no sea que lo levante por los aires y lo arroje a la arena para ver qué pasa.

—¡No será capaz de hacerlo, sería un asesinato, asesinato en primer grado! —chilló, iracundo.

—¿Ve como Ida tiene razón? No deja de chillar como un maldito cerdo —le escupió Jubal.

—Está bien, está bien, usted gana.

Helen suplicó:

—Por favor, no discutamos entre nosotros. Estamos en peligro, un peligro desconocido, inquietante. Sólo falta que nos peleemos.

—Está bien, está bien, no discutiré más, pero usted, Jubal, que es el más fuerte, ¿quiere ser el jefe?

—Yo no quiero ser jefe de nada.

—Sí, el jefe de todos nosotros. Si es el más fuerte, demuestre que puede salvarnos. Salga afuera y si aparece una de esas manos, arránquela, destrócela, patéela.

—Sí, quizá sea lo mejor. Baker…

—¿Qué?

—Si me sucede algo, cuida de que a las mujeres no les ocurra nada, porque nadie va a confiar en Harold. Si tuviera una oportunidad, huiría, dejándonos a todos aquí. Lo malo es que no se atreverá a escapar de este mar de arena que nos rodea.

Antes de que nadie pudiera impedirlo, Jubal cruzó la terraza y saltó a la arena.

—¡Jack! —gritó Helen.

Todos le miraron con estupor, esperando oír de un instante a otro el grito espeluznante que habría de preceder a una muerte

violenta y maligna.

El viento seguía silbando y Jubal sintió el frío en todo su cuerpo.

Jamás había sabido lo que era miedo. Sin embargo, aquella situación era diferente y difícil. No sentía miedo, pero miraba de reojo en derredor, esperando que surgiera alguna mano como la que había visto al borde de la terraza, esperando atrapar a Harold.

Avanzaba con los músculos tensos, como un leopardo cerca de su presa, dispuesto a dispararlos, a saltar; los nervios electrizados y los sentidos agudizados para captar cualquier peligro que pudiera surgirle, un peligro desconocido y que nunca se había preparado para repeler, para luchar contra él.

Aquel suelo arenoso era todo lo contrario a lo que él estaba acostumbrado como campeón de hockey sobre hielo, un hielo el que se deslizaba a grandes velocidades, sobre el que sus cuchillas resbalaban, produciendo un ruido similar al de una gran tela tensa al ser rasgada.

La arena era lenta, crujía, se quejaba a cada paso que daba.

Volvió su rostro, cuando acababa de descubrir un cuerpo tendido.

La masa oscura del palacete se distinguía nítidamente, y también la luz que escapaba del salón debido a las velas del candelabro. Gracias a ellas, pudo ver el grupo que formaban Helen, Laura, Ida, Harold y Baker, pero deducía que ellos ya no le podían ver a él.

Mientras se acercaba al cuerpo tendido de Dennis, notaba que la fina arena que levantaba el viento le hostigaba los ojos, le resecaba la nariz y se le pegaba al paladar.

De apretar sus molares entre sí, habría oído el ruido de la arena al ser mascada. Se vio tal como estaba: vestido de *smoking* y caminando por un desierto desconocido, donde parecía no haber más que arena y hacía bastante frío. No recordaba haber vivido jamás una situación semejante.

Llegó, al fin, junto al cuerpo de Dennis Hammon, que yacía con los brazos abiertos, «boca abajo», pensó, aunque era una forma equivocada de decirlo. Era vientre abajo, pues el cadáver ya no tenía cabeza y, por ende, boca.

Apenas había sangre a su alrededor. La arena, ávida, la había absorbido con rapidez. Había sido decapitado de la misma forma que Warner, y ya nada se podía hacer por él.

—Que Dios se apiade de tu alma —musitó de forma audible—. La muerte te ha cazado vestido de *smoking*. En el fondo, no deja de ser una forma elegante de morir.

Le dio la espalda e inició el regreso hacia el palacete, sabiendo que, en cualquier instante, podía ser él la siguiente víctima pues, aunque se consideraba fuerte, atlético y buen luchador, dudaba que pudiera hacer nada contra aquellos seres, capaces de decapitar a un hombre con sus manos.

CAPÍTULO VIII

—Está muerto, ¿verdad?

A la pregunta de Harold, nada más regresar de la arena, Jubal asintió.

—Sí.

—¿Como Warner? —inquirió Baker.

—Así es.

—¡Dios mío! —exclamó Ida—. Tengo miedo, tengo miedo…

—Basta. Poniéndonos histéricos nada vamos a conseguir.

—¿A quién le tocará el turno ahora? —preguntó Laura—. Primero Warner, después Dennis. ¿Quién les seguirá, quién?

—Dennis ha muerto por salir —puntualizó Baker—. Si se hubiera quedado aquí, no le habría pasado nada. En el palacete estamos protegidos.

—Baker tiene razón, y lo que soy yo, no pisaré esa arena aunque me ahorquen. No me quitarán la cabeza, porque ellos quieren matarnos a todos, sí, a todos.

—Creo que adentro estaremos mejor que aquí afuera; hace frío —observó Jack, siendo el primero en entrar en el salón, iluminado por el candelabro de siete velas.

—Hay que encontrar a esa mujer, a Erka, y exigirle que nos saque de aquí —gruñó el financiero.

Helen movió la cabeza, dubitativa.

—No creo que ella tenga ningún interés en ello. Esa mujer sabe mucho o lo sabe todo.

—¡Pues si está de parte de esos hijos del diablo o lo que sea, la ahorcaremos!

—Vamos, Harold, ¿dónde se cree que está? —le interpeló Jubal con desprecio.

—Estoy en una ratonera y me defenderé como sea.

—Entonces, apártese de nosotros y busque su propia salvación.

¡Vamos, fuera, fuera!

Jubal avanzó, amenazador, hacia él. Harold retrocedió hacia la puerta y, al percatarse de ello, se ladeó pegando su espalda a la pared.

—¡No, no puede obligarme a salir! ¡Sería un asesinato por su parte! ¡No puede golpearme, no se atreverá!

Jack se detuvo frente a él. Siguió mirándolo con desprecio y silabeó:

—Merecería que lo hiciera. Es usted un cerdo y me está dando náuseas. Antes quería marcharse, ahora ya no.

—Lo que no quiero es que me asesinen, que me decapiten. No quiero convertirme en un ser monstruoso como Warner. Todos lo hemos visto. Ya no es él, es un sujeto extraño, quizá un muerto viviente.

—¡Admitámoslo! —gritó Ida—. Hammon se ha convertido en uno de esos Hijos de Beyrevra, es ya uno de ellos, y todos le sucederemos.

—Puede haber suerte para las mujeres —observó Baker—. Quizá sólo quieran cabezas de hombre.

—Debemos admitir que es una posibilidad —aceptó Helen.

—Tal vez yo sea viejo, viejo para ellos —dijo Harold, casi riéndose.

—Vamos, no sea imbécil. Si están muertos, ¿qué más les da que una cabeza sea vieja o joven?

—¡Eso es lo que usted quisiera, Jubal, pero quizá yo tenga suerte como las mujeres!

—Por el momento, no se ha demostrado que las mujeres estén a salvo, por lo que nadie deberá salir.

—Y mientras, ¿qué hacemos?

A la pregunta de Laura, Jubal respondió:

—Podríamos salir afuera y cavar junto a la terraza, justo donde ha aparecido la mano, para ver qué sacamos en limpio.

—Conmigo no cuenten —advirtió Harold, rotundo.

—¿Baker?

—Bueno, pero no vamos a cavar con las manos, ¿verdad? Puede haber cierta profundidad, antes de que encontremos algo. Además, convendría tener algo contundente o cortante para defendernos, ya me entiendes.

—Sí, Baker, en el caso de que algo se mueva abajo.
—Eso es, Jubal.
—Me parece una precaución acertada. Habrá que buscar algo contundente.
Miraron en derredor. Vieron muebles viejos, llenos de polvo, pero nada que les pudiera ser útil.
—Habrá que buscar en otros puntos de la casa —opinó Jubal.
—Es que aquí hay luz y es donde se está mejor —advirtió Laura, mirando con recelo a su alrededor.
—Habrá que buscar la cocina o la carbonera, este tipo de palacetes ochocentistas poseen esas dependencias.
—Yo buscaré por donde sea —dijo Baker—. Después de todo, la casa está tranquila y el peligro parece que se halla en el exterior.
—Bien, Baker. Toma una vela del candelabro, yo cogeré otra y buscaremos por distintos puntos.
Harold pregunto:
—¿Y nosotros?
—Se quedarán aquí, a la luz de las cinco velas restantes. No salgan y no ocurrirá nada. Sólo tendrán que esperar a que regresemos.
—No tardéis —pidió Laura—. Harold no va a defendernos de nada.
Helen, cerca de Jack, musitó:
—Ten cuidado, no te arriesgues. Estás siendo demasiado temerario, hasta ahora.
Jubal se miró en los profundos ojos verdes de Helen y descubrió la sincera preocupación de la joven. No era un sentimiento egoísta, sino todo lo contrario. Laura e Ida buscaban exclusivamente su autoprotección. Helen, en cambio, deseaba que cuidara de sí mismo.
—No te preocupes, volveré. ¿Sabes que eres una chica encantadora?
—Éste no es el mejor momento para halagos —le reprendió con una sonrisa.
—Cualquier momento es bueno para expresar lo que se siente hacia una mujer si se es sincero.
—¿Te estás burlando, Jack? Los hombres como tú pueden burlarse de muchas mujeres.

—Creo que tienes una mala opinión de mí, Helen.

—Quizá sea que no me gusta que todas nos fijemos en ti. Yo soy tan poca cosa, una simple secretaria de embajada.

—¿Y qué puede haber mejor, una mujer con millones que siempre se lo está echando en cara a su marido?

—¿Como Laura?

—¿Hace falta mencionar nombres?

—No, pero ahora ya no habrá reproches. Dennis ha muerto.

—Desgraciadamente, así es.

—Creo que si tú dijeras sí, Laura se casaría inmediatamente contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Se nota, y ella no hace nada por ocultarlo.

—¿Celosa?

—¿Qué estáis cuchicheando tanto, podemos enterarnos? —preguntó la propia Laura, acercándose a la pareja.

—¿Qué ocurre, Laura, acaso crees que tienes derecho a interrogar a todo el mundo?

—¡Jack! —Vio la gravedad del rostro viril y, bajando el tono, sonrió—. Creo que tú y yo tenemos mucho de qué hablar. Ahora, las cosas son distintas.

Helen, molesta por aquella intromisión, y viendo que Laura se aproximaba a Jubal ondulando su cuerpo, ceñido por el atractivo y descarado vestido, preguntó:

—¿Por qué son distintas, porque ha muerto Dennis?

—Helen, será mejor que no intervengas en asuntos que no te conciernen. Tengo muchos amigos en la Embajada y podría hacer que perdieras el empleo, sí, ese empleillo de secretaria con el que te pagas los *panties*.

—¡Basta! —la atajó Jubal para que no siguiera humillando a Helen.

—Querido, no te enojes; tú y yo siempre nos hemos llevado bien. Ahora, quédate con nosotros y deja que el negro se arriesgue buscando esa pala o lo que sea. Después de todo, no es tan importante cavar ahí afuera.

—Laura, creo que no te das cuenta de que la situación no es distinta. Seguimos en peligro. En cuanto al negro, se llama Baker.

El aludido se hallaba junto a una puerta, dispuesto a desaparecer

por ella con una de las velas en la mano. Miró a Laura con pena y luego se alejó.

Jubal eligió otra de las puertas que daban al salón, dejándoles atrás. Antes de que se introdujera por un corredor negro y siniestro, Harold le llamó con la boca reseca:

—¡Jubal!

—¿Qué le ocurre, Harold?

—No tarde.

Jubal sintió lástima por un tipo como aquél, capaz de amasar millones y, en el fondo, un cobarde. Les dio la espalda y se adentró en la oscuridad.

CAPÍTULO IX

El palacete era grande. A la luz de la llama de la vela, había visitado diversas dependencias, todas ellas vacías y llenas de polvo.

Olían de una forma extraña, repugnante y, sin embargo, todo estaba seco; no había moho ni humedad en parte alguna. Jack hubiera jurado que, por no haber, no había ni insectos. Era una inexplicable sensación de que allí todo estaba muerto.

Al abrir una puerta, encontró la cocina. Dedujo que allí, posiblemente, hallaría algo que pudiera serle útil, una pala, un hacha, un atizador, algo contundente, como había pedido Baker para poder defenderse contra el ya innegable poder de aquellas manos que emergían de las entrañas del océano de arena. Una mano que podía a arrancar una cabeza humana era demasiado fuerte y peligrosa.

De pronto, la puerta se cerró tras él, aislándole en la cocina. Se volvió al escuchar una risita.

—Erka…

La bella mujer, que vestía una gasa etérea, negra, casi transparente, le sonreía abiertamente.

—¿Asustado?

—Tú sabes que no. ¿Acaso piensas apagar mi vela como has hecho antes con todas las del candelabro?

—Podría hacerlo si quisiera.

—Lo supongo.

—¿Y tú qué explicación le das?

—No sé. Si fuera espiritista, diría que eres una bruja. Si estuviera más versado en parapsicología, diría que…

—¿Soy una persona digna de estudio?

—Quizá.

—Eres sincero.

—Trato de serlo.

—Tú eres distinto a los demás. Vales mucho, Jack. Será mejor que no vuelvas a salir a la arena.

—¿Por qué, acaso temes que muera?

—Sí. Yo también soy sincera, ya lo ves.

—Pues lo siento, pero no podré hacerte mucho caso. Posiblemente salga fuera del palacete.

—No lo hagas. Quizá no pueda protegerte más.

—Tú eres cómplice de los asesinos, ¿verdad?

Ella se le acercó. El movimiento de su cuerpo era muy sensual bajo la gasa mientras se aproximaba al hombre, y no se detuvo hasta quedar frente a él. Alzó sus brazos y le rodeó el cuello, como atrapándolo.

—No son asesinos, Jack.

—¿Y Warner, y Dennis? Los han decapitado.

—Los Hijos de Beyrevra sólo desean revivir, y tienen derecho a ello.

—Erka, todos estamos confundidos con lo ocurrido. Me gustaría conocer algo más sobre los problemas de los Hijos de Beyrevra.

—Si te hablo, si voy respondiendo a tus preguntas, ¿qué me darás a cambio?

—No sé. ¿Qué pides tú?

Ella le mostró su boca, sensual y húmeda.

—Bésame —pidió.

El hombre no deseaba besarla. La veía joven, furiosamente atractiva y, sin embargo, había algo que le obligaba a repelerla. Pero, percatándose de que sólo con ello podría averiguar la verdad, cedió.

Ignoraba hasta qué punto aquella enigmática mujer que vivía en el palacete, ubicado en mitad de un desierto, tenía poderes sobrenaturales.

El beso fue largo, absorbente. Era como si Erka quisiera arrancarle toda la vida con él.

Al fin, cuando la caricia que Jack no deseaba concluyó, el cuerpo de Erka descansaba contra el suyo, como si sus piernas fueran incapaces de sostenerla.

—No me has decepcionado —musitó—. Sabía que tú eras especial, que no eras como los demás, por eso te he estado protegiendo.

—¿Protegiendo?

—Sí, cuando pisabas la arena. Podías haber sido la tercera víctima.

—¿Y tú lo has evitado?

—Sí.

—Bueno, ahora podríamos hablar algo, ¿no?

—Sí, claro que tú podrías mejorarlo si quisieras.

—¿El qué?

—Besarme.

—¿Tan hambrienta estás de un beso?

—De amor con un hombre como tú.

—Creo que, si tardo en regresar, mis compañeros van a preocuparse.

—¿Te gusta alguna de las mujeres que te acompañan?

—¿Es importante?

—Sí.

Jack pensó que si aquella mujer tenía poder para protegerle, posiblemente también lo tendría para empujarle a la muerte, a él o a quien le molestara. Por ello pensó que era preferible negar.

—Tú eres superior a todas.

—Mientes —le dijo, sonriendo.

—Eres distinta. Habría que cerrar los ojos para negar tu belleza.

—Te quedarían las manos para comprobarla.

—Sí, pero ¿quiénes son los Hijos de Beyrevra?

—Eres insistente. Tan felices como podríamos ser tú y yo… Te protegería constantemente.

—¿Y vivir siempre aquí dentro, en este palacete, acaso hay alguna forma de salir de él?

—No soy tan tonta, Jack. Puedo protegerte, pero si te revelo cómo salir de aquí, escaparías. Lo leo en tus ojos.

Pensó en obligarla a hablar, pero se dijo que podía ser un mal paso el intentar dominarla.

No era una mujer normal, ya lo había demostrado, por ello optó por ser cauto. Erka podía ser una zorra extremadamente astuta y, además, con los colmillos muy afilados.

—No se trata de escapar, sino de salir de este palacete.

—¿No te agrada?

—Mentiría si te dijera que sí.

La vela se consumía sobre uno de los mármoles de la cocina, grande y oscura.

Erka seguía reteniendo a Jack por el cuello, apoyando su busto contra él, impidiendo que escapara, ansiosa por hacerlo suyo para siempre.

—Si llegaras a amarme, olvidarías cuanto te rodea. No te importaría otra cosa excepto yo.

—Es posible, pero para que pudiera enamorarme de ti, haría falta buena voluntad por tu parte.

—Está bien. Veo que insistes en que te hable de los Hijos de Beyrevra.

—Sería una demostración de tu consideración hacia mí.

—El principio de mi amor por ti ya lo he demostrado protegiéndote afuera.

—Bueno, eso ya me lo has dicho antes. Ahora podrías contarme algo más sobre esos seres.

—Antes habéis visto uno.

Jubal asintió.

—El rostro era de Warner.

—El rostro y toda su cabeza. Es decir, lo había sido, ahora ya no lo es. Pertenece a uno de los Hijos de Beyrevra.

—Es un poco complicado lo que me cuentas.

—Sería fácil entenderlo si conocieras toda la historia.

—Si hablas, te escucho.

—Los Hijos de Beyrevra se remontan a muchos siglos atrás.

—Beyrevra es un maligno dios hindú, ¿verdad?

—Veo que posees una vasta cultura, Jack. Efectivamente, es un dios que fue temido, siglos atrás, en la India.

—¿Un equivalente a nuestro Satán?

—Sí. Son muchos los que creen que Satán siempre es el mismo a través de los milenios y de las civilizaciones, religiones o sectas que han abundado por millares a lo largo de la historia humana. Beyrevra fue una de las representaciones de Satán o Satán fue una de las representaciones de Beyrevra, eso no importa ahora.

—Lo que importa es que fue un ídolo maligno.

—Por eso lo temían. Tenía gran poder y gobernaba en el mundo, en el cielo y en las estrellas, pero un día se enfrentó a Eswara y éste le abrió la cabeza con su uña, castigándolo a vivir en las tinieblas.

Mientras Eswara prodigaba el bien, Beyrevra reinaba en el mal. Él podía aumentar las lluvias, crear epidemias, plagas, secar los ríos, maldecir a los vivos y engullir a los muertos en la negrura de la eternidad, por eso se le temía.

—¿Y se le odiaba?

—Nadie era capaz de expresar odio contra Beyrevra, que castigaba duramente. Cuando su ira arreciaba, resultaba muy difícil de aplacar.

—Imagino que entonces, para calmar sus supuestas iras, se le hacían ofrendas.

—Tú lo has dicho. Se le edificó un templo y se le agasajó para tenerlo contento, para que no proyectara sobre los hombres su infinito poder. Animales, frutas, piedras preciosas, oro y doncellas le eran ofrecidas, y fue entonces cuando aparecieron los Hijos de Beyrevra, que se consagraron a él y al cuidado de su templo.

—Y a quedarse la comida, el oro, las gemas y las doncellas, ¿no?

—Pasaron los años, los siglos. Beyrevra fue protegido por los sacerdotes consagrados a él, quienes obtuvieron el favor de su dios y grandes poderes.

—Con los que, supongo, asustaban al pueblo.

—No seas sarcástico, Jack. Lo que te estoy narrando es muy importante, estás conociendo la historia de los últimos Hijos de Beyrevra.

—Sigue, me interesa la historia. Por lo menos, no carece de exotismo.

—Vinieron malos tiempos. El pueblo de Eswara, el dios bueno, fue atacado por otros pueblos vecinos, por razas distintas, hombres que hablaban otras lenguas y que usaban el alfanje con presteza y sin piedad. El pueblo de Eswara fue muerto y el templo dedicado a Beyrevra, destruido y sus doncellas, raptadas. Los Hijos de Beyrevra maldijeron al pueblo invasor, pero todo quedó lleno de sangre y cenizas. Una de esas grandes matanzas ocurridas en la India y de las que la historia del hombre occidental no tiene ni la más remota idea. Allí han nacido pueblos en medio de las junglas, pueblos que han prosperado y vivido durante siglos y en luchas terribles con otros imperios han sido exterminados, sin que ningún historiador haya encontrado rastro alguno sobre su vida e historia.

—Pero del dios Eswara y del dios Beyrevra sí se han conservado

vestigios.

—Sí, quedaron ruinas y unos supervivientes que lograron esconderse en galerías ocultas, bajo los cimientos del templo. Allí esperaron y ayunaron durante tanto tiempo que, cuando salieron a la luz, algunos de ellos ya estaban ciegos.

—¿Y volvieron a reconstruir el templo?

—No. Tomaron una imagen de Beyrevra y emigraron hacia occidente porque su pueblo ya no existía. Seguían conservando el favor y los poderes de su dios y confiaban en que él les ayudaría a fundar otro pueblo que creyera en él para que volviera a ser poderoso.

—Es lógico. Un dios sin pueblo no es poderoso, no es más que un idolillo de museo.

—Idolillos de los que hay a millares, pero Beyrevra conservó la vida de sus sacerdotes.

—Prosigue. Entonces, esos supervivientes se pusieron en marcha hacia aquí, transportando su estatua.

—Su estatua, sus poderes y parte de los tesoros que habían conseguido salvar.

—Eso de los tesoros sí parece interesante.

—Al fin, un día, después de cruzar ríos, páramos, elevadas montañas, hielos y lugares hostiles, donde podían ser atacados por seres que no hablaban su lengua ni creían en su dios, llegaron aquí. Beyrevra les hizo saber que deseaba quedarse en este lugar, donde deberían edificarle un nuevo templo y crear un pueblo fuerte y poderoso, capaz de regresar al punto del cual habían emigrado.

—¿Y se establecieron en este desierto?

—Éste fue el sitio elegido por Beyrevra y aquí se quedaron. No fueron muchos, sólo unos pocos. Los supervivientes comenzaron a labrar la tierra, a poner las semillas para el nuevo pueblo que tenía que crearse. Las gentes de los alrededores conocieron su llegada y les miraron con hostilidad. Cuando averiguaron quiénes eran y los poderes que podían tener, favorecidos y protegidos por Beyrevra, les temieron y se apartaron de ellos. Según cuentan, el propio Beyrevra hacía que los que se acercaban a este lugar murieran en medio de terribles torturas. Nadie osaba acercárseles y, cuando pasaban cerca de aquí, se santiguaban y pedían gracias al Dios de los cristianos, pero un día…

—¿Qué paso?

—Un ejército de cruzados germánicos que debía unirse a otro galo para dirigirse a Tierra Santa por la Mesopotamia, acertó a pasar por aquí y los lugareños les pidieron protección. Más de cien cruzados a caballo, con sus armas, yelmos y corazas, se presentaron en este lugar y capturaron a los Hijos de Beyrevra, quienes fueron torturados antes de confesar su adoración a Beyrevra. En ese momento fueron condenados a muerte por infieles y por rendir culto a un dios del mal.

—¿Ése fue el fin de los Hijos de Beyrevra?

—Las gentes de aquí pidieron a los cruzados que terminaran totalmente con ellos, de forma que su dios del mal no pudiera tomar venganza ni revivirlos. Por ello los decapitaron. Quemaron sus cabezas juntas en un horno hasta convertirlas en cenizas y, más tarde, las esparcieron, mientras sus cuerpos eran sepultados bajo la arena. De este modo, los cruzados germánicos hicieron justicia y la gente de este lugar quedó tranquila. Pero Beyrevra no estaba dispuesto a perecer y decidió proteger a sus hijos en cuanto le fuera posible. Su ira se dejó sentir en los habitantes de la región: epidemias, tormentas, plagas. Fueron años terribles, pero, pese a todo, terminaron olvidándole. Beyrevra no olvidó. Conservó los cuerpos decapitados de sus hijos, incorruptos bajo sus sepulturas de arena, y dormitó al paso de los siglos en espera de conseguir resucitar a sus hijos, quienes le devolverían su poder original. Un día, la directora de una biblioteca de Munich descubrió unos antiquísimos y olvidados documentos que narraban la historia de lo sucedido, y se interesó por ellos. Pasó noches enteras sin dormir, pensando que existía un dios poderoso que resurgiría con gran poder y unos sacerdotes llamados sus hijos que tenían que resucitar.

—¿Y decidió averiguar qué había de cierto en la historia de los legajos?

—Sí. Tras una dificultosa búsqueda, consiguió hallar el lugar sagrado, pero se había transformado, ya no era el mismo. Resultaba tan distinto como sorprendente, pero se dedicó a ello con ahínco y logró encontrar a Beyrevra. Cayó postrada a sus pies y el dios le habló. La consagró su primera sacerdotisa a perpetuidad. Le confirió su poder y sus favores, la inundó de belleza como jamás Venus alguna la tuvo, la dotó para el gran amor que podría otorgar a

voluntad y le encomendó la sagrada misión de revivir a sus hijos.

—¿Hijos? ¿Hijas no?

Erka se apartó ligeramente de él y prosiguió:

—Beyrevra había dicho: «Puesto que la cabeza han quitado a mis hijos, nuevas cabezas les serán otorgadas para que revivan, y la gran sacerdotisa se encargará de procurárselas».

—Y esa gran sacerdotisa eres tú, claro.

—Sí, y ellos revivirán por mí. Beyrevra me seguirá favoreciendo siempre con su poder. Soy ya inmortal, eternamente bella, y te he elegido a ti para ser mi primer y gran amor.

—¿Estás loca? De modo que tú eres la que ha organizado esta carnicería, ¿eh?

Jack se le acercó con evidentes intenciones de apresarla, como si cogiéndola a ella pudiera terminar con aquella matanza y con la historia de terror nacida siglos atrás, en algún ignoto lugar de la India.

La llama de la vela se apagó sola, quizá la apagó Erka con sus poderes demoníacos.

Se rió, se rió de él, Jack J. Jubal conocía bien aquella risa tan especial de la bellísima mujer.

Encendió el mechero y la buscó a su alrededor.

—¡Erka, Erka!

La risa sonaba ya lejana. Erka había desaparecido.

CAPÍTULO X

—¿Cuándo regresarán esos dos? —masculló Harold, molesto frente a las tres mujeres que prácticamente habían quedado a su cargo.

—Cuando encuentren lo que han ido a buscar —replicó Helen, no exenta de cierta frialdad y dureza.

—Sí, ya sé que a las tres les cae bien ese fanfarrón de Jubal.

—Jubal es valiente, y también Baker; todo lo contrario que tú, Harold. Admito que yo soy más que pusilánime, cobarde, pero soy mujer y creo que eso me disculpa algo.

—Tú ya te irás acordando de todo cuando salgamos de esta, Ida. Ahora me echas en cara estupideces, pero luego vendrás tras mis dólares y te daré un puntapié en las posaderas porque ya estoy cansado de ti. ¿Lo oyes? Cansado de ti, sólo eres una basura.

—Antes no me decías que fuera basura y estabas muy interesado en que te acompañara a Europa, y maldita sea por hacerte caso.

—Antes quizá me interesaras algo, pero eso se acabó. Eres como una muñeca. Cuando deja de interesar, se tira y en paz.

—¡Jamás volvería contigo, ni aunque me dieras un millón en oro! —le replicó Ida, furiosa.

—Por menos, por muchísimo menos, vendrías tras de mí. Eres una furcia, tú y todas esas chicas monas que piensan que es fácil pescar a un millonario como yo, que basta con hacer una caidita de ojos. Estúpidas. Menos mal que la vida os da lo que merecéis y os convertís en lo que sois, en lo que tú eres ahora. Te vendes por unos dólares porque ya no hay quien se case contigo.

Ida se echó a llorar, incapaz de seguir replicando a las duras palabras del financiero.

—¡Es usted un miserable! —le acusó Helen.

—Vaya, ya salió la defensora. Pero ¿quién te has creído que eres?

—Una mujer que puede llamarle miserable.

—Bah, sólo eres una secretaria de Embajada. Tengo influencias y no sería difícil hacer que te despidieran, claro que podría cambiar de opinión si me encaprichara de ti. Tú ya me entiendes…

—De modo que quiere cambiar de paisaje.

—¿Por qué no? Tengo mucho dinero.

—Y yo también lo tengo —dijo esta vez Laura—, pero no sé cómo salir de aquí.

—No le hagas caso, Helen. Es un miserable, como tú has dicho. Te prometerá mucho y luego no tendrás nada consistente. Sólo habrás pasado por algunos buenos hoteles y nada más. Harold es de los zorros que hasta cuando hacen un regalo, lo ponen a su nombre por si un día deciden quitártelo.

—No le hagas caso, contigo podría ser distinto.

—Es posible. Claro que primero tendría que comenzar por algo.

—¿Por algo, el qué? —preguntó Harold, ceñudo, suspicaz.

—No sé. Acérquese, por ejemplo.

—Sí, ¿por qué no? Aquí estamos tranquilos, sólo tienen que regresar esos dos fantoches de Jubal y Baker. El peligro está fuera y no aquí dentro.

Harold se acercó a Helen en busca de la primera caricia.

En realidad, aunque Helen era muy bella, más atractiva que Ida y más joven que Laura, lo que en el fondo deseaba era demostrarse a sí mismo que todavía era poderoso, que no estaba en peligro, que aquella situación terminaría y volvería a ser el de siempre. Entonces Jubal, que lo había humillado, pagaría cara su altanería.

Cuando Harold estuvo cerca de Helen, ésta le propinó una inesperada y sonora bofetada que lo puso rojo de ira.

—¡Maldita, tú también eres una zorra!

Rabioso y humillado, se abalanzó sobre Helen, pero ésta, grácil y ligera, supo esquivarlo. La minifalda de su vestido de noche la ayudó, facilitando sus movimientos. No habría podido hacer lo mismo de lucir el vestido de Laura, que le ajustaba las piernas hasta los tobillos y la obligaba a dar pasos cortos que, sin embargo, realzaban la belleza de sus extremidades.

Harold, torpe, cayó panza al suelo. La humillación subió de tono al levantar la mirada hacia Helen. Ésta se rió de él, silabeando:

—Le han llamado cerdo y, la verdad, no es otra cosa. Harold, no

es otra cosa.

—¡Maldita sea, me vengaré, me vengaré!

—No hagas más el ridículo, Harold, no es esta la mejor situación —le aconsejó Laura, fríamente.

Se escucharon pasos y todos miraron hacia la puerta que daba al jardín.

—Serán Jubal y Baker, que regresan —dijo Helen.

—¿Por la terraza? —se preguntó Laura, extrañada.

—Quizás han salido por otra parte y han rodeado la casa —opinó Helen.

En aquel momento, aparecieron dos personajes en la amplia puerta que daba a la terraza, dos personajes que les sobrecogieron. La sangre se enfrió en sus venas y el vello de sus respectivos cuerpos se erizó.

Aquellos dos hombres, vestidos con indumentarias de corte hindú, eran altos, de brazos, piernas y manos muy largas, pero sus rostros fueron reconocidos de inmediato.

—¡Es Warner! —chilló Harold, asustado.

—¡Dennis! —exclamó Laura.

Los dos hombres les hablaron, pero lo hicieron en una lengua tan extraña que no pudieron entenderlos. Ni siquiera los timbres de sus voces les recordaban a Warner ni a Dennis. Era como si, teniendo las cabezas de los dos hombres asesinados, fueran ya seres muy distintos.

—¡Warner, Warner! ¿Por qué me miras de esa forma? —balbuceó Harold, asustado.

Estaba todavía en el suelo, ya que su obesidad no le había permitido recuperar la verticalidad con prontitud.

Los dos extraños seres se adelantaron hacia ellos.

Laura dijo:

—Ahora son esos Hijos de Beyrevra o lo que sea.

—¿Un trasplante de cabeza por completo? Parece absurdo, absurdo —gimió Helen, llena de terror, sin dar crédito a lo que tenía frente a sus ojos.

Ida chilló:

—¡Son muertos vivientes!

Harold agrandó los ojos por el pavor que incluso le impedía gritar, al ver que los dos extraños seres se dirigían hacia él.

—¿Qué quieren de nosotros? —les preguntó Laura.

Los dos sujetos volvieron a hablar en su extraña e indescifrable lengua. Inclinándose sobre Harold, lo cogieron por los brazos, alzándolo como si careciese de peso.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

No obtuvo respuesta.

Laura y Helen se les acercaron haciendo un esfuerzo sobrehumano para no huir de aquellos seres que olían a cadáver, mientras Ida, llena de pánico, pegaba su espalda contra la pared, queriendo escapar sin saber cómo.

Los dos revividos regresaron hacia la terraza, pero con su presa bien sujeta.

Laura y Helen intercambiaron una mirada. Comprendían que algo grave podía ocurrir y trataron de impedirlo.

—¡Soltadle! —exigió Helen.

—¡Por favor, por favor, no se me lleven! ¡Los cubriré de oro, tengo mucho oro! —suplicaba Harold con tanto terror que era incapaz de luchar, ni siquiera de andar.

Por eso era prácticamente llevado en volandas. Su innata cobardía había inhibido toda la fuerza que pudiera albergar en su cuerpo, y sólo suplicaba. Ya no era el hombre poderoso, rodeado de oro e influencias.

Laura y Helen trataron de sujetar a los dos terroríficos seres que hablaban una lengua que no entendían y que a su vez parecían no comprenderlas a ellas.

Respectivamente, ambos dieron un manotazo y las dos salieron despedidas a derecha e izquierda, terminando en el suelo, mientras Harold ya cruzaba el umbral de la terraza.

Helen se levantó.

—¡No, no quiero morir! —suplicaba Harold, que era arrastrado hacia la arena.

De pronto, aparecieron dos manos largas, blancas, de piel reseca, que se movían ansiosas por coger a su presa.

Harold las miró obsesionado, con verdadero espanto.

Jamás había sospechado que se pudiera sentir tanto terror. Aquello era mil veces peor que estar al borde de un pozo lleno de cobras, al que se iba a caer irremediablemente.

—¡No! —gritó Helen.

—¡Nooo! —chilló Harold, cuando fue alzado en el aire, despegados sus pies del suelo y arrojado fuera de la terraza, sobre la arena, cerca de aquellas manos ansiosas que movían sus dedos como repugnantes reptiles.

Una de las manos lo atrapó por un brazo mientras la otra buscaba su cuello.

Harold lanzó un alarido infrahumano, preagónico, que por fuerza tuvo que acuchillar sonoramente hasta el último de los recovecos del misterioso palacete.

Helen se cubrió el rostro para no ver lo que sucedía.

Ella había tratado de evitar la muerte salvaje y monstruosa de Harold, pero su escasa fuerza física de nada había servido ante aquellos seres.

Retornó corriendo al interior del salón.

Ida estaba en el mismo sitio, con la espalda pegada a la pared, blanca como la cera, con los ojos muy abiertos e incapaz de reaccionar.

Laura se hallaba cerca de la mesa, tendida en el suelo y también con los ojos abiertos.

Helen se le acercó llena de horror, tras presenciar la brutal ejecución de Harold.

—¡Laura, hay que buscar a Jack y a Baker, corren peligro!

Laura no se movió, no contestó.

Helen la miró más fijamente y gritó con todas sus fuerzas. Ya no podía más. Sus nervios estallaron, rotos como las cuerdas de un violín excesivamente tensas.

Baker y Jubal, con las respectivas velas en sus manos, aparecieron casi al mismo tiempo, atraídos por los gritos que habían podido oír hasta en los lugares más recónditos del palacete.

Helen estaba en pie junto a Laura. Ida seguía pegada a la pared, inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Helen, ¿qué ha ocurrido? —inquirió Jubal.

—¡Esos monstruos tenían las cabezas de Warner y Dennis!

Jubal y Baker se miraron entre sí, preocupados.

—¿Y Harold? —preguntó Baker.

—Afuera —gimió la muchacha.

Jubal acababa de inclinarse sobre Laura y, despacio, le cerró los ojos.

CAPÍTULO XI

—Ha muerto —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Baker.

Helen respondió:

—Esos monstruos la han empujado, lo mismo que a mí, cuando se llevaban a Harold y tratábamos de impedirlo. Ha sido horrible, horrible.

—Ha debido golpearse contra el canto de la mesa y se ha desnucado —opinó Jubal, poniéndose en pie. Se acercó a Ida, que seguía con la mirada fija, ausente de todo.

—Ida, despierta —le ordenó.

La abofeteó con fuerza y ella dobló sus rodillas, echándose a reír y a llorar al mismo tiempo.

—¿Le han hecho algo a ella? —preguntó Baker.

Helen, obsesionada, negó con la cabeza.

Jubal opinó:

—Ha perdido la razón momentáneamente, y no creo que haya modo de serenarla con todo lo que acaba de ocurrir y lo que puede suceder todavía.

—¿Qué te parece si vamos a ver si se puede hacer algo por Harold? —preguntó Baker.

Helen movió la cabeza negativamente, antes de que Jubal pudiera responder.

—Ya nada se puede hacer por él, lo han decapitado. Lo he visto. Está junto al borde de la terraza.

—¿Y dices que se lo llevaron ellos?

Helen respondió a Jubal, tratando de serenarse para que su voz no temblara como todo su cuerpo.

—Venían a buscarlo. Ahora Harold ya será otro de ellos: ya son tres los sujetos poderosos, y así hasta que terminen con todos nosotros, porque volverán, y no hay escapatoria. ¡No se puede salir

de este maldito palacete, no se puede, no se puede!

Jubal la cogió por los hombros.

—Calma, Helen, calma —pidió—. Aún no está todo perdido.

—Jubal tiene razón —meditó Baker—. Mientras hay vida, hay esperanza.

—Ellos volverán. Son infernalmente fuertes. No podremos impedir que nos lleven afuera y nos arrojen a esas manos que emergen de la arena para decapitarnos a zarpazos, como fieras.

—Si regresan, les haremos frente —advirtió Jubal.

—¿Con qué? —preguntó Baker—. Yo no he encontrado ningún arma.

Jubal reconoció:

—Yo tampoco, y eso que he estado en la cocina. La verdad es que ella me ha entretenido.

—¿Ella? —repitió Helen, sobresaltada.

—Sí, Erka, la misteriosa mujer.

—Si la hubieras retenido… —se lamentó Baker.

—Imposible. Cuando he intentado hacerlo, se ha apagado la luz y ella ha desaparecido, riéndose de mí.

—Jack, Jack, ¿qué quería Erka? ¿Te ha dicho qué va a ser de nosotros?

Recordó que Erka le había revelado que lo quería como su gran amor, pero prefirió callárselo para que no hubiera malas interpretaciones.

—Me ha contado la historia de los Hijos de Beyrevra.

—¿Y…?

Miró a Helen y luego a Baker. Sentada junto a la pared, descompuesta, Ida seguía riendo y llorando, en su ataque de locura.

—Resumiendo, me ha contado que los sacerdotes que rendían culto a Beyrevra, un ídolo de la antigua India, residieron en este lugar siglos atrás. Fueron decapitados y malditos, pero, según Erka, su dios los mantuvo incorruptos para que sobrevivieran, es decir, para que tuvieran la posibilidad de revivir.

—¿Y para revivir necesitan cabezas humanas?

—Eso es, Baker, cabezas humanas. Es diabólico, pero es así.

—Y Erka, ¿quién es en realidad?

—Según ella misma, una bibliotecaria de Munich. Ahora es la sacerdotisa perpetua del dios del mal Beyrevra.

—Eso es una estupidez —gruñó Baker.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero ella lo cree firmemente, y lo malo es…

—¿Qué, Jack?

—En fin, que parece tener poderes extraordinarios.

—Entonces, ¿ese dios existe?

—No, no puede existir. Existe el mal, nuestra religión lo dice: es Satanás.

—Que en este caso ha adoptado el nombre de Beyrevra —dijo Baker.

—En fin, no podemos darle más vueltas a todo esto. Ya ha habido cuatro muertes. Pese a todo, no puede faltar mucho para el amanecer y estoy seguro de que con el sol del día, todo se verá distinto, sólo hay que esperar un poco.

—¿Cuánto? —inquirió Helen—. Estoy destrozada. No soy capaz de resistir más. De un instante a otro entraré en la locura como Ida —la miró con lastima.

Jubal alzó su mano y miró el reloj de pulsera. Sus pupilas se clavaron en él sin dar crédito a lo que estaba viendo. Su ceño se frunció e, incrédulo, se llevo el reloj al oído para comprobar si funcionaba bien.

—¿Qué pasa, Jubal? —preguntó Baker.

—El reloj funciona y no comprendo cómo puede ser esto, no lo comprendo.

—¿Qué es lo increíble, Jubal?

—Son las doce y quince minutos.

—¿Solo? —preguntó Helen, sobresaltada.

—Eso es lo que marca mi reloj.

Baker miro el suyo y lo corroboró:

—El mío también señala las doce y quince.

—No puede ser. Debe ser ya la madrugada.

—Recuerdo que cuando subimos a bordo de la «Pipper» eran las doce.

—Despegamos, volamos algún tiempo, sobrevino la tormenta y, después, descendimos a este desierto. Más tarde, llegamos a esta casa. Son horas, largas horas, las que han transcurrido. Tendría que ser de día ya.

Baker se quitó las gafas con montura de acero inoxidable y se frotó los ojos cansados. Luego, opinó:

—Ha debido de ser la tormenta magnética. Quizá también ha estropeado nuestros relojes.

—El mío es antimagnético —advirtió Jack.

—Bueno, sólo trataba de hallar una explicación plausible.

—Todos los controles de la «Pipper» se han estropeado —observó Helen—. Los relojes también pueden haberse roto.

—Helen tiene razón.

Jubal, preocupado, empezó a andar directamente hacia la terraza.

—¿Adónde vas? Esos monstruos revividos pueden estar ahí afuera —advirtió Helen, angustiada.

—Quiero ver la luna.

Ya en el umbral de la puerta, Jubal miro al cielo y contempló la gran y redonda luna que iluminaba de forma espectral aquel desierto de arena, en el que soplaba un viento frío y hostigante.

—¿Qué ves en la luna, Jack? —preguntó Helen.

—Que continúa en el mismo sitio. No, no parece cercana la amanecida.

—Han ocurrido ya tantas cosas extrañas esta noche… —dijo Baker—. Una más creo que ya no puede resultarnos nueva.

—Lo que temo es que ellos vuelvan a aparecer y alguien más tenga que morir.

Mirando al infinito de aquel desierto, pero, en el fondo, buceando en el interior de su mente, Jack dijo:

—Tengo una idea.

Baker y Helen le observaron, temerosos de que una balbuciente esperanza pudiera frustrarse de nuevo.

—Hay que regresar a la «Pipper».

—¿Para qué? —preguntó Baker—. Si no funciona…

—Tengo una idea y debe probarse allí.

—¿Cuál es la idea? —inquirió la muchacha.

—Escapar de esta situación.

—Con el avión no podrá ser —insistió Baker.

Por su parte, Helen recordó:

—Hollar la arena significa la muerte.

CAPÍTULO XII

Jubal replicó:

—Yo ya he salido a esa maldita arena y no he muerto todavía.

—¿Quieres decir que tienes una inmunidad personal? —preguntó Baker.

—Puede ser. Erka me ha dado a entender que me protege.

—¿Por qué? —inquirió Helen, sorprendida.

—No hay por qué entrar ahora en detalles. Creo que también estáis a salvo las mujeres.

—Pues Laura ha muerto —puntualizó Baker.

—Sí, accidentalmente, y pueden seguir muriendo, por eso hay que tomar precauciones. Helen, ¿quieres acompañarme a la avioneta?

—¿Salir afuera? —preguntó, atragantándose, sin poder disimular su miedo.

—Sí. Iremos juntos.

—Yo prefiero quedarme aquí —dijo Baker—. Además, está Ida y, aunque loca momentáneamente, hay que protegerla.

—Como quieras. Aguarda aquí hasta que regresemos.

—Os esperaré.

—Jack, no quiero ocultártelo, tengo miedo.

—Es lógico después de lo ocurrido, pero haz un esfuerzo. Avanzaremos cogidos de la mano.

—Jack…

—¿Qué, Baker?

—Si no nos volvemos a ver vivos, ahí va mi mano.

Los dos hombres, blanco y de color, estrecharon sus respectivas manos, en un apretón fuerte, de amistad.

Helen recomendó a Baker:

—Si los ves, huye, corre. El palacete es grande, no dejes que te cojan como a Harold.

—Lucharé si hace falta y lo mismo debéis hacer vosotros.

Se miraron por última vez. Jubal y Helen, cogidos de la mano, abandonaron el salón para salir a la terraza.

El cadáver decapitado de Harold quedó a su vista. Helen no pudo reprimir un estremecimiento de horror.

—Jack, ¿estás seguro de lo que quieres hacer?

—En estos momentos no podemos estar seguros de nada.

Pisaron la arena, que crujió bajo sus pies, pasando cerca del cuerpo tendido.

Helen apretó con fuerza la mano masculina, buscando confianza, seguridad y firmeza en ella. La halló porque Jubal no era de los que temblaban.

Siguieron avanzando.

Helen, de vez en cuando, miraba hacia atrás. Temía que en cualquier instante apareciera el peligro, aquellos seres tétricos y asesinos o las manos que emergían de la arena para apresarles por los pies y decapitarlos con posterioridad.

Pasaron junto al cadáver de Dennis. Jubal le pidió:

—No mires.

Helen hizo un esfuerzo por mantener la mirada al frente y siguieron caminando por aquel desierto espectral, iluminado por la obsesiva luna, grande y redonda como jamás la habían visto.

Sin tropiezo alguno llegaron hasta la «Pipper». Allí, junto a la rueda de popa, estaba el cuerpo de Warner cubierto por una manta. Él había sido la primera víctima de aquel horror.

—Ya hemos conseguido llegar al aparato, Jack. Ahora, ¿qué?

—Penetremos en él.

Helen se dispuso a subir cuando tras ellos descubrieron lo que tanto habían temido.

—¡Jack, ya vienen!

Jubal se volvió y descubrió a tres figuras que caminaban sobre la arena en dirección al aparato.

—¡Jack, hay que escapar! ¡Cuando fueron a por Harold lo asesinaron!

—Entremos en la «Pipper».

—¡Arrancarán la puerta, tienen mucha fuerza!

—Ya lo veremos.

Subió a Helen al interior del bimotor y luego saltó él,

apresurándose a cerrar la portezuela mientras los extraños revividos con los rostros de Warner, Dennis y Harold, que habían dejado de ser ellos mismos para convertirse en Hijos de Beyrevra, se acercaban inexorables.

—¡Jack, Jack, no podremos escapar! ¡Vienen hacia aquí, no tenemos escapatoria y el aparato no funciona!

Mientras, los tres seres, con su indumentaria hindú, llegaban junto al aparato. Ya no cabía duda alguna. Buscaban una nueva presa para entregarla a algún otro cuerpo incorrupto y decapitado siglos atrás que estuviera bajo la arena.

—¡Jack, es el fin, es el fin!

—Calma, Helen, calma. Precisamos mucha calma.

—¿Cuál es tu idea, por qué hemos venido aquí?

Los tres revividos estaban tras los cristales de la portezuela, mirándolos obsesivamente. Uno de ellos, el que tenía la cabeza de Dennis, había asido la manecilla de la puerta y tiraba de ella, pero Jack había colocado el seguro interior.

—Helen, escucha bien lo que voy a decirte. Esta situación no la estamos viviendo realmente o quizá sólo en parte.

—¿Qué quieres decir, Jack?

—Que esto puede ser una pesadilla.

—¿Insinúas que estamos dormidos, que todo esto no sucede en realidad?

—No digo tanto, ignoro hasta dónde puede llegar todo lo ocurrido. El simple hecho de que te lo esté diciendo es una situación extraña. Noto en mi mente una rebeldía feroz, una rebeldía a ser manejado.

—Pero ¿cómo escapar a esto? De un momento a otro van a arrancar la puerta.

La «Pipper» se balanceaba a cada tirón que le daban desde el exterior con la intención de arrancar la portezuela.

—Helen, debes concentrarte profundamente y rebelarte contra lo que has vivido hasta este momento. Eso lo conseguiremos mirándonos ambos a los ojos, confiando mutuamente. Los dos al unísono, quizá alcancemos la fuerza psíquica suficiente para escapar a esta situación desesperante.

—Jack, no servirá, esto es real. Fíjate como se balancea la «Pipper». Arrancarán la puerta, la arrancarán, estamos perdidos.

—Concéntrate cuanto puedas para rebelarte. Después, daré una palmada y confiaremos en que haya suerte.

—Como tú digas, pero date prisa.

Se miraron el uno al otro con toda la fijeza de que fueron capaces cuando, de pronto, la portezuela fue abierta desde el exterior y aquellos tres seres se dispusieron a entrar.

Jubal dio una seca palmada y, tras ella, siguieron mirándose a los ojos, el uno reflejado en las pupilas del otro.

—Ya está, Helen.

—¿Lo ves? ¡No ha servido de nada, de nada!

—¿De nada? Esos seres ya no están ahí afuera, mira.

La portezuela de la «Pipper» estaba abierta, balanceándose ligeramente, pero no había nadie junto a ella.

—¡Lo conseguimos, Jack, lo conseguimos! Pero ¿y los demás?

Desde la «Pipper» podían ver el exterior, iluminado por los potentes focos.

Había hierba, mucha hierba. La arena había desaparecido como por encantamiento y el palacete tenía luz.

Helen, excitada, exclamó:

—Tenías razón, Jack. Era una pesadilla. No estamos en un desierto, seguimos en el palacete de los Hammon.

—Exactamente, jamás hemos despegado de este lugar. El Danubio queda a nuestra derecha.

—Pero ¿cómo ha podido suceder todo esto?

—Hipnosis. Laura tenía razón. El palacete era el mismo y Erka, el ama de llaves, también.

—¿Ha sido Erka quien nos ha hipnotizado?

—Sí, estoy convencido de que ha sido ella. Lo ha hecho colectivamente. No cabe duda de que posee un fuerte poder hipnótico; es una mente paranormal, extraordinaria, que ha jugado con nosotros.

CAPÍTULO XIII

—Pero ¿por qué nos ha hipnotizado? —preguntó Helen sin lograr comprender.

—Posiblemente porque esté desequilibrada.

—¿Loca?

—Algo así. No soy psiquiatra, pero lo que sí es cierto es que nos ha hipnotizado para manejarnos a su antojo y lograr sus propósitos.

—¿Y qué iba a ganar con ello?

—Tengo sospechas, pero antes de hablar será mejor confirmarlas.

—¿Buscando a los demás?

—Exacto.

Abandonaron la avioneta y pisaron la fresca hierba del claro que había junto al palacete. De pronto, Helen ahogó un grito de horror.

—¡No ha sido una pesadilla, mira!

Junto a la popa del aparato descubrieron el cadáver decapitado de Warner.

—Erka nos ha hipnotizado para movernos a su voluntad, para poder con todos nosotros y compensar su lógica debilidad de mujer. Nos ha obligado a desenvolvernos en un mundo terrorífico trocando la hierba por arena, la luz eléctrica por la luz de las velas. Nos ha hecho creer en revividos que emergían de la arena, seres que nos decapitaban y se llevaban las cabezas.

—Pues la de Warner se la han llevado realmente. Es horrible.

—Sí, y allí a lo lejos veo otro cadáver que será el de Dennis, como corresponde a lo que hemos vivido y a lo que recordamos gracias a nuestra rebeldía mental.

—Pero ¿quién los ha decapitado?

—Pronto lo averiguaremos. Sigamos adelante.

—Sigo teniendo miedo como cuando vivía la pesadilla de la hipnosis. La realidad es igualmente terrorífica.

—Porque la pesadilla ha tenido mucho de realidad. Erka debía confiar en movernos totalmente a su antojo, pero hemos escapado a su poder hipnótico.

—¿Por qué nosotros y los demás no?

—Una concentración psíquica tan grande como la que ha debido de realizar Erka agota, agota sobremanera. Eso está probado y quizás Erka se haya debilitado. Hay que tener en cuenta que ha estado manejando a ocho mentes a su antojo, haciéndonos creer que vivíamos en un mundo distinto y espeluznante. Sí, creo que Erka está cansada y por ello deseará terminar su obra cuanto antes.

—Entonces, ¿crees que ha sido ella la asesina?

—Sí, pero hay que confirmarlo. Ahora, ya dueños de nuestras mentes, podemos averiguar toda la verdad.

Corrieron hacia el palacete. Junto a la terraza hallaron el tercer cadáver. Era el cuerpo decapitado de Harold. En el suelo había un reguero de sangre.

—Esto es repugnante, Jack, no sé si podré resistirlo.

—Aguanta, Helen, aguanta, ya falta poco. Durante el sueño no descubrimos sangre que dejara rastro porque creíamos que la arena la absorbía, yendo a parar a donde estaban sepultados los muertos. Pero en realidad estos salvajes asesinatos sí han dejado huellas.

Pasaron al salón. Baker estaba quieto como una estatua, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida.

—Él sigue dominado —comentó Jack.

En tono bajo, Ida reía y lloraba sentada en el suelo junto a la pared, moviendo la cabeza.

—Creo que Erka ha perdido también el control sobre Ida. La pobre ha enloquecido a causa del intenso horror que esa mujer le ha hecho vivir.

—Ahí está Laura.

Jubal se inclinó sobre ella y comprobó su muerte.

—Lo mismo que en la pesadilla: se ha desnucado.

—¿De modo que todo lo que hemos vivido en el periodo de hipnosis ha sucedido en realidad?

—Eso parece.

Helen, asustada, miró en derredor, temiendo que apareciera algo monstruoso.

—Entonces, ¿también pueden salir los muertos revividos con las

cabezas de Warner, Dennis y Harold?

—No, eso no. Ellos son los fantasmas que Erka ha creado en nuestras mentes para aterrorizarnos y dominarnos, para hacernos sentir débiles bajo su poder. Eran como peones de un ajedrez hábilmente manejados por una reina maligna. Ha planteado su partida y la ha jugado a su manera, sin darnos opción a jugar de otra forma. En realidad, ha jugado la partida que su propia mente desequilibrada vivía.

—¿Quieres decir que ella misma vivía todo lo que ha sucedido?

—Si es una híper-psicópata, posiblemente sí, además de hipnotizarnos y, por supuesto, no de la misma forma que lo haría un científico para realizar una operación indolora, sino que lo ha hecho posiblemente gobernada por su poderoso inconsciente que quizá ni ella misma puede controlar.

—Entonces, es una maníaca homicida.

—Me temo que sí.

—Jack, marchémonos, tengo miedo. Puede hipnotizarnos de nuevo.

—No, ahora estará agotada. Es como una médium que cae desplomada después de una sesión en la que se ha concentrado.

—Creí que no tomabas en serio el espiritismo.

—Y no lo tomo, Helen, pero la médium no siempre truca las cosas. Si se lo toma en serio, así lo ha demostrado la parapsicología, la médium puede creer en el retorno de unos muertos que realmente no existen, que sólo están en su imaginación. Mientras permanece en trance, sufre tanto que se agota y, hasta tal punto, que sé que en Sao Paulo existe un pequeño hospital benéfico que recoge a esas miserias humanas en que acaban convirtiéndose los médiums, tras pasar años sometiéndose a unos éxtasis nocivos para una mente sana y normal.

—Jack, todo esto es tan confuso, tan complicado.

—Sí, tendrías que estudiar un poco de esa ciencia llamada parapsicología para comprenderlo. Por el momento, nos hallamos ante un cerebro descontrolado y peligroso por el poder que ha logrado alcanzar.

—Entonces esa Erka es una especie de bruja, ¿no?

—Sí, más o menos lo que años atrás consideraban una bruja.

—Pues yo siento decirte que no soy valiente. Le tengo miedo,

pánico. Si ha sido capaz de jugar con todas nuestras mentes para irnos asesinando uno a uno, aunque sólo lo haya conseguido en parte, es que es muy poderosa, infernalmente poderosa.

—Hay que hacer frente a la situación ahora que debe de estar agotada. Vamos, Helen. No sé dónde está y prefiero no dejarte sola.

—Jack, el candelabro sobre la mesa sí está con las velas encendidas.

—Es cierto —observó Jack, perplejo—. Es muy curioso, un candelabro iluminando un salón ya alumbrado por luz eléctrica.

—Luz que nosotros no veíamos. Andábamos a oscuras.

—Porque así nos lo imponía Erka.

Jack volvió a tomar a Helen de la mano y caminó siguiendo el rastro de la sangre que les condujo hasta una puerta abierta.

—Parece que da a una bodega del palacete —observó Jack.

—Es mejor no bajar.

—No hay luz, pero podemos tomar una vela del candelabro.

—Es preferible marchamos de aquí y avisar a la policía —insistió Helen.

—Aguarda y sé valiente.

Jubal regresó junto a la mesa y tomó una de las velas que seguían llameando, esparciendo luz donde no hacía falta.

—Jack, ¿y todo lo de la tormenta?

—No ha existido, todo ha sido ideado por Erka, no temas.

Jubal cruzó el umbral que conducía al sótano, iluminándose con el cabo de vela.

Llegaron hasta una vieja bodega y el rastro de sangre les llevó hasta una pared en la que se abría una puerta disimulada tras unos toneles.

—Jack, adentro hay luz.

—Sí, ahí puede estar Erka.

—Cerremos la puerta.

—Parece que aquí hay ruinas de otros tiempos, que este palacete fue levantado sobre lo que pudo ser la casa de los Hijos de Beyrevra, decapitados hace muchos siglos.

—Pero Jack, ¿no decías que todo era hipnosis?

—Todo, no. Creo que Erka parte de una realidad. Podía estar propicia a la locura y además debió descubrir algo aquí abajo que la convirtió en lo que es ahora.

Cruzaron la puerta falsa y descubrieron una cripta antiquísima, iluminada por dos grandes y macizos candelabros que montaban guardia a derecha e izquierda de un altar. Sobre él había un ídolo negro de apariencia siniestra, cabeza monstruosa y como de medio metro de alto. Parecía pesado. Al pie del monolito de granito, en el que se esculpían signos indescifrables para un occidental lego en jeroglíficos, había varios cofres con joyas y monedas de oro.

—La historia que me contó Erka será cierta.

—¡Jack, mira ahí!

A la derecha, sobre un suelo de arena, yacían cinco esqueletos a los que faltaba el cráneo, pero a tres de ellos les habían sido colocadas cabezas que no les pertenecían. Allí terminaba el rastro de sangre.

—¡Son Dennis, Warnes y Harold! —exclamó horrorizada Helen al descubrir aquellos rostros conocidos y que estaban con los ojos abiertos, ensangrentados y manchando de sangre también parte de los esqueletos allí conservados.

Escucharon un leve gemido y se volvieron hacia la izquierda de la cripta.

Allí, medio oculta en un rincón, sentada sobre un banco también de granito, estaba Erka.

—¡Dios mío, es ella!

—Tranquila, Helen. Ya te he dicho que estaría agotada. Mírala, está sudorosa.

—Es vieja, horriblemente vieja… No lo parecía tanto cuando la he visto al llegar a la casa.

—Ya no es una mujer joven. Su cabello está cano, pero después del esfuerzo mental que ha realizado, está extenuada, desencajada. Paradójicamente, en la vivencia hipnótica se presentaba a nuestros ojos como ella quería ser, como seguramente le ha pedido a ese ídolo maligno que la transforme.

—Deslumbrantemente bella.

—Sí. Ha suplicado poderes a ese falso dios y, en su locura, ha creído que se los otorgaba. Por eso se cree joven y bella.

Erka, que sostenía sus manos sobre la empuñadura de un brillante y afilado alfanje, alzó la vista y los descubrió.

Los miró de una forma que estremeció a Helen y luego comenzó a reír. Se levantó blandiendo el sable ancho y corto.

—¡Jack, nos quiere asesinar!

—Jack, yo quería salvarte, tú me gustas, pero eres terco, muy terco. No me queda otro remedio que cortar tu cabeza también y ponerla donde corresponde. Luego, ya subiré a cortársela al negro. Estoy cansada, pero Beyrevra me pide que acabe pronto porque sus hijos han de revivir para instaurar de nuevo su imperio y yo seré eternamente su sacerdotisa.

Siguió riendo, aumentando su fealdad que en nada recordaba a la bellísima Erka que se les había aparecido durante el estado hipnótico.

—Erka, deja el alfanje, todo ha terminado. Ese dios no tiene poder, sólo es tu mente que está enferma. Descubriste el secreto de Beyrevra, hallaste su escondrijo y sola en este ambiente, dentro de tu locura, creíste en el poder real de ese falso y maligno dios. Pero esos esqueletos decapitados no revivirán jamás.

—¡Mientes, Jack! Eres terco, y yo que te he amado… ¡Beyrevra es poderoso e indestructible y él me ha favorecido con sus poderes!

—Te crees bella, Erka, y no eres más que una pobre loca. Él es falso y tú ya no eres nada. Es cierto que has conseguido asesinar a tres hombres, pero se terminó, porque tu poder hipnótico se ha agotado.

—¡No! —chilló—. ¡Soy poderosa, Beyrevra me protege, me protege! ¡Muere! ¡Tu cabeza es necesaria para el poder de Beyrevra!

Erka, que asía el alfanje ensangrentado con ambas manos, lo blandió con fuerza y cortó el aire silbando al pasar justo donde segundos antes estaba Jubal, que logró esquivarlo. Mentalmente, Erka podía estar agotada, pero demostró tener una gran destreza manejando aquella cortante y mortífera arma que ya había decapitado a tres hombres.

Helen no sabía qué hacer y temblaba cada vez que el acero silbaba buscando el cuello del hombre, el cual saltaba de un lado a otro de la cripta, quedando de espaldas al monolito sobre el que se asentaba el ídolo hindú.

—¡No escaparás, nadie puede escapar al poder de Beyrevra!

El afilado sable cortó siniestramente la tela del *smoking* que vestía Jack, pero éste asió con sus manos el ídolo hindú y, elevándolo, lo arrojó sobre Erka que, incansable con el alfanje, poseída de su demoníaca locura, arremetía de nuevo contra él.

Erka gritó como una bestia maligna de voz cascada y oscura, al ser aplastado su cuerpo con aquel ídolo. Luego quedó inmóvil y el alfanje se desprendió de sus manos.

—¡Jack, Jack, lo has conseguido!

Se abrazaron fuertemente cuando Jubal olfateó el aire.

—Humo, humo… Algo se quema, hay que salir de aquí en seguida.

Dejando atrás a Erka muerta, aplastada por el ídolo que la había enloquecido, corrieron hacia lo alto.

El humo era denso y había llamas por todas partes. Escucharon unas risas histéricas de mujer. Alzaron la vista y descubrieron a Ida con el candelabro en la mano que seguía prendiendo fuego al palacete.

—¡Ida! —llamó Jack.

—Está loca, lo está incendiando todo.

Las llamas cercaban a Baker, que seguía en pie, quieto, con los ojos abiertos y la mirada perdida.

—¡Sigue hipnotizado, hay que sacarlo de aquí o morirá abrasado!

Jubal se cargó a Baker sobre el hombro y seguido por Helen, salió corriendo del palacete hasta un lugar donde estuvieran a salvo.

Cuando se volvieron a mirar la casa, las llamas brotaban voraces por todas las ventanas, mientras se escuchaban las carcajadas de Ida.

—¡Hay que salvarla! —gritó Jubal.

Ida apareció en una ventana alta y Helen se cubrió los ojos, horrorizada.

En su demencia, Ida seguía riendo mientras el fuego la envolvía, devorando su vestido, sus cabellos.

—Es el fin. Todo arderá y sólo quedarán ruinas que sepultarán la verdad.

—Eh, eh, ¿qué pasa, qué pasa? —preguntó Baker recuperando la lucidez.

—Todo terminó, Baker. Es el fin de Beyrevra, un fin cruel y dantesco, pero el fin. Creo que será bastante difícil explicárselo a la policía.

—Jack, nos creerán, ya verás como nos creen —dijo Helen

mientras Baker, todavía aturdido, contemplaba el palacete convertido en una monumental pira bajo una luna grande, redonda y muy luminosa que arrancaba destellos del Danubio.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.